

PESTE DE PLATA

CLARK CARRADOS

Peste de plata

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/044

CAPÍTULO PRIMERO

Arrojé una mirada por encima del Times a la muchacha que tenía frente a mi, Alta, morena, esbelta, parecía muy preocupada estudiando un libro de notas que sostenía con una mano de largos y sensitivos dedos, haciendo de vez en cuando correcciones marginales, o al menos eso me lo parecía a mí.

—A Madrid seguro —pensé, pues no podía ser más que española por su tipo. Pero aquellos lindos ojos estaban muy mal con unas gafas ante ellos, aunque, afortunadamente, sólo debía ponérselas cuando leía —. Bueno — continué —, en los cinco días de viaje hasta el satélite, tendremos tiempo de entablar relaciones más o menos amistosas.

Luego procuré estudiar al hombrecillo que estaba en un sillón inmediato. Era el clásico tipo del personaje dado a la ciencia y que no vive más que por y para la ciencia. Come, ande y duerme pensando en su último descubrimiento o en su nuevo experimento de laboratorio, y todo lo demás, incluso el dinero — ¡en estos tiempos que corren, señor! —, le trae sin cuidado. Desde luego el cristal de sus gafas habría sido un perfecto blindaje contra un proyectil del cincuenta. ¡Vaya fondos de vaso!

Un poco más allá, sentado en la barra de la cafetería del astropuerto de Long Island, se hallaba otro hombre, tan fornido, que parecía bajo y rechoncho, no obstante su elevada estatura. Era del tipo sanguíneo, dado a los placeres de la mesa y de la bebida, y cuyas manos exudan constantemente. En aquellos momentos andaba muy atareado

explicándole al barman un nuevo cóctel de su invención, y el empleado lo miraba con la cortés curiosidad del que tiene que enfrentarse con el chiflado nº 47 al cabo del día.

Un poco más allá había un grupo de periodistas, varios de ellos cargados con sus pistolas *flashes*, capaces de obtener cien fotografías de un tirón, solamente con apretar sucesivamente el gatillo. Las lámparas que usaban podían iluminar, a toda carga de la batería, un área de cien metros.

Pasó una carretilla con los equipajes, tras la cual entró un pequeño grupo familiar. Papá, mamá, la nena— ¡y qué nena y qué diecisiete años! —, y el chico. ¿El chico? Un mozarrón como un castillo, con el azul uniforme de los navegantes del espacio, en cuya manga izquierda se veían los emblemas de tercer piloto. La mamá, joven y guapa todavía, estaba muy asustada; Le parecía que el nene se iba al fin del mundo, en lugar de comenzar su correspondiente viaje de prácticas yendo «solamente» a la Luna. El pollo había adoptado una actitud entre ufano y avergonzado; no le faltaba más que frotarse los relucientes galones con la manga de la chaqueta. Fumaba muy nervioso, pero ya se le pasaría. Lo mismo me ocurrió a mí la primera vez, de modo que procuré sentir una benevolente compasión hacia el muchacho.

Aún había más gente en la sala de espera del espaciopuerto, pero, para nuestra narración, solamente eran bultos; no interesan. En cambio, sI les gustará que les diga quién soy y qué hago yendo a la Luna, ¿verdad? Bien, pues pasaré a satisfacer su natural curiosidad.

En primer lugar, mi nombre es Frederick Jordán, alias Rick, el «Largo», o el «Largo» a secas, cosa debida a mi metro noventa de estatura. Hay otros que me llaman «Sabueso», pero esos son los inevitables adulones que todo hombre prominente tiene en el Servicio de Seguridad, en el cual ostento el grado de coronel, a mis treinta y siete años, muy bien llevados. Tan bien, que doy el pego cuando me quito cinco o seis tan fresco, y es que en realidad, me encuentro, física y moralmente, como si tuviera veintiocho o treinta. Claro es que ello, aparte los inevitables progresos científicos en geriatría, se debe a mi vida moderada —lo cual no quiere decir que no me guste un capazo cuando se tercia o un beso de una chica guapa, si ella dice que si —, y a que, una vez que termino con un problema, termino de una vez con él. Ya no le doy más vueltas, y la cosa se ha concluido definitivamente. Esto y un poco de deporte moderado, sin estridencias, me tienen tan en forma como me tenían diez años atrás. Y ahora me encamino al circo de Aristóteles, en la Luna, donde se

halla situada la base norteamericana, llamada, con un impropio sentido del humor, *Donald Duck*[1], en donde están ocurriendo cosas muy raras que... pero mejor será que no me anticipe a los hechos y los cuente tal y como en realidad sucedieron.

Encendí un cigarrillo, tras consultar el reloj; ya no faltaban ni diez minutos para la partida, y fuera, en el astropuerto, brillaba, poderosamente iluminado por la Luna, el enorme cohete que nos transportaría hasta la Estación Espacial, de donde daríamos el salto definitivo hasta el satélite.

Un hombre entró con un grueso fajo de papeles bajo el brazo. Era el capitán de la Bonita Lola, que aguardaba, allá arriba, sumida en la brillante oscuridad, a í.729 metros de altura, girando con la Estación, en espera de sus pasajeros y tripulación para llevarlos hasta la Luna. La turbamulta: de periodistas se arrojó como famélica manada sobre el recién llegado. .

—Capitán — chilló uno —, ¿qué hay por allá arriba?

—La luna y las estrellas, supongo —contesto Kreeler, tal era su nombre, con caritativa ironía.

—No se salga de su órbita, capitán — dijo O'Try del «Tribune» —. Sabemos que en Donald Duck están ocurriendo cosas raras.

—¿Por qué no se lo preguntan al secretario de Asuntos Espaciales, señores? Yo soy solamente un modesto conductor de astronaves. ¿Qué puedo decirles? y siguiendo su camino se encaminó hacia el cohete, procurando evitar el acoso de la jauría, que le seguía implacable. Entonces fue cuando el megáfono bramó:

—Todos los pasajeros para la Estación Espacial, sírvanse pasar a la cinta transportadora.

Cogí mi somero equipaje y me puse en pie, dirigiéndome hacia la salida, al mismo tiempo que el hombrecillo de las gafas y el que parecía un globo a punto de estallar. La morena se levantó, estirando con facilidad su esbelta figura y, con infinito alivio, vi como guardaba sus gafas en el bolso, que pendía de su hombro. Llevaba un solo maletín y me abstuve de cogérselo; no quería pasar por un Tenorio de ocasión.

Papá, mamá y la nena se despidieron a lágrima viva del bizarro teniente de astrogación, quien abombó el pecho al echar a andar. Yo fui el último en pasar a la cinta deslizante, en la que, además de los

citados, había otros varios, pasajeros que no ocupan lugar en esta historia.

En pocos momentos llegamos a la torre metálica, donde un ascensor nos transportó a ochenta metros del suelo. Cruzamos un puentecillo y pasamos a la cámara de pasajeros, sintiendo al instante la levísima trepidación de los motores al mínimo, a punto de ser disparados.

Otro altavoz comenzó a dejar oír sus metálicos consejos:

—Ocupen sus literas respectivas, por favor. No olviden de tomar la dosis de AntiGe apropiada a su complexión física. Despegamos dentro de cinco minutos.

La puerta se cerró con seco chasquido y, aunque yo no la veía, la torre comenzó a alejarse sobre sus rieles para evitar el efecto de las llamas de los gases al salir por las toberas. Miré el número de mi billete y pronto encontré mi litera. Metí el equipaje en el alvéolo correspondiente y me tendí, sujetándome con las correas. Entonces fue cuando ella, acompañada por un hombre de uniforme, vino hacia mi.

—Esta es su litera, señorita Chávez.

—Gracias, teniente — contestó la joven, con cálida voz de contralto, que repercutió alegremente en mi interior. Y sin más se tendió a mi lado, sujetándose igual que yo. Me miró serenamente.

—¡Hola! — dije

—¡Hola! — contestó.

—¿Su primer viaje?

—¡Uhuh!. ..

Bueno; lo mismo podía ser una afirmación Que una negativa.

—Con el AntiGe no se nota apenas la aceleración.

—Eso espero — dijo ella con perfecta tranquilidad.

—Voy a Donald Duck, ¿y usted?

—A Madrid Segundo.

—Ah, ya me parecía que usted era española— murmuré.

—Me sorprenden sus dotes de adivinación; sin navaja en la liga, es bien difícil saberlo — contestó con suave sarcasmo, que consiguió abochornarme levemente.

—Lo siento — murmuré.

—No se preocupe. Y para que no me pregunte mi nombre, le diré que me llamo Aldie Chávez.

—Aldie no es un nombre español.

—Pero si lo es Aldonza — sonrió ella —. Lo otro es solamente una abreviatura que, francamente, me gusta más que el nombre original.

—Y a mi también —le devolví la sonrisa —. Yo me llamo Frederick Jordán, pero me ofende todo aquel que gasta más saliva de la que produce el diminutivo Rick. Y me alegro mucho de conocerla, Aldie.

Alargué la mano y ella la estrechó a través del breve espacio que había entre litera y litera.

—Digo lo mismo, Rick.

Yo iba a hablar de nuevo, pero me interrumpió el megáfono.

— ¡Faltan treinta segundos para el despegue!

—¿Está bien sujeta?

—¡UhUh! —sonrió, echando hacia atrás su hermosa cabeza, y ya no habló más por el momento.

La imité. Tenía la vista fija en la roja aguja del segundero, que avanzaba implacable. De pronto, un trueno profundo y apagado surgió de las entrañas del navío; Éste pareció bambolearse unos instantes; luego adquirió velocidad y nuestros cuerpos se pegaron a las colchonetas de espuma.

El mal rato inicial se pasó pronto, aunque todavía no era la hora de soltarnos las correas. Miré a Aldie y la vi con los ojos cerrados; sin duda un desvanecimiento pasajero, provocado por la subjetiva impresión del despegue. Tenía que ser novata en los viajes espaciales; solamente a los que abandonan el planeta por primera vez les suelen ocurrir tales cosas.

Para entretenerme, miré por la lucerna que tenía a mi alcance. Ya habíamos alcanzado í5 kilómetros de altura y Manhattan, en plena

noche, brillaba como el escaparate de una joyería, con un rectángulo negro en el medio: el Parque Central. Broadway era una línea de fuego en diagonal, acentuada particularmente en Times Square y el cruce con la Calle 42. El Hudson y el East River eran sendos brazos negros que rodeaban la gema.

A 40 kilómetros se veía todo Long Island, desde la vertical sobre Nueva Jersey. La Luna, hacia el N., iluminaba el Atlántico en toda su extensión, produciendo un incomparable reflejo plateado de inigualable hermosura. Toda la costa, hasta la isla de Nantucket y aún más, se percibía como en un colosal globo de colegio. Y el cohete, de combustión química, pues la energía nuclear no se usaba más que fuera de los límites de la atmósfera, donde no existiera el posible peligro de una contaminación radiactiva, continuaba ganando altura.

—¡Espléndido! ¡Jamás había visto otra cosa igual!

—¿Le gusta? — pregunté. .

—Si; con toda franqueza, si, Rick.

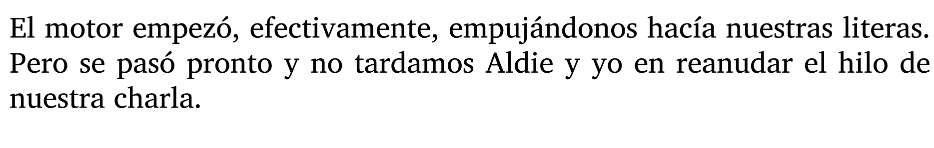
—Pues aún ha de ganar el espectáculo en belleza Aldie —dije, y de pronto me di cuenta que, un par de literas más allá, el hombrecillo de aspecto científico, dormía plácidamente. No era la primera vez que yo iba a la Luna, pero no por ello habría dejado perder la visión de nuestro planeta, desde aquella altura. Aparté mí vista de allí, disgustado.

Continuamos ganando nivel. A 400 kilómetros de altura, nos hallábamos ya sobre el límite Nevada-Utah, navegando en dirección Sur, un poco hacia el Oeste. Veíamos perfectamente el Lago Mead, originado como consecuencia de la gran presa Boulder, y el Gran Cañón del Colorado, como una enorme Senda en la que, desde arriba, parecía plana superficie del planeta. También divisábamos Los Ángeles y el Pacífico.

De pronto trepidó el aparato. Aldie me miró levemente asustada.

Sonreí para tranquilizarla.

—No es nada — dije —; la primera sección del cohete, que acaba de desprenderse. Ahora está cayendo y, en cuanto penetre en la atmósfera, se desplegará el paracaídas que frenará su descenso, el cual ocurrirá, aunque no lo parezca desde aquí, en el Pacífico. Ahora empezará el motor de la otra sección...



El motor empezó, efectivamente, empujándonos hacía nuestras literas. Pero se pasó pronto y no tardamos Aldie y yo en reanudar el hilo de nuestra charla.

—Voy a Donald Duck destinado como técnico electrónico — aclaré. No iba a decir que tenía que investigar sobre...

—Pues en Madrid Segundo necesitan una selenóloga y me mandaron a mí.

—¿Es posible?

—¿El qué, Rick? — preguntó Aldie, con no fingido asombro.

—Usted selenóloga. Me la imagino golpeando trozos de piedra con el martillito y sometiéndolas luego a la acción de los agentes químicos para analizar su composición y estructura.

——Es una ciencia que siempre me ha fascinado, Rick.

Encogí los hombros:

—Sarna con gusto no pica, Aldie. Bien es verdad que yo estoy chiflado por las válvulas de vacío, los transistores, los circuitos de conexión y cosas por el estilo.

—Entonces me comprenderá mejor, ¿no?

—¡No! — dije, decidido, y ella abrió sus enormes ojazos más todavía.

—¿Por qué, Rick?

—Porque usted estaría mucho mejor allá abajo, con un marido cariñoso y unos cuantos críos subiéndosela por las piernas.

—¿Dónde está ese marido? Que lo rapto inmediatamente — rió ella con cristalinas carcajadas, y no pude por menos de acompañarla en sus risas.

—¿Es posible que nadie la haya hablado de matrimonio, Aldie?

—Hablarme, lo que se dice hablarme, si, Rick.

—¿Pues entonces...?

Los ojos de la joven chispearon alegremente.

—Es que yo, con mis estudios, no he tenido tiempo de decir si— contestó, lo cual no dejó de alegrarme en extremo, y en tonos muy parecidos continuamos la conversación.

A cada segundo que pasaba, la curva del planeta; se iba acentuando. Era evidente que ya faltaba muy poco para llegar a la Estación Espacial. Rebaños de blanquísimas nubes, ya iluminadas por el sol, permanecían inmóviles bajo nosotros, a cientos y cientos de kilómetros de distancia. La segunda etapa del cohete se desprendió y a partir de ese momento, navegamos con los motores del avión espacial propiamente dicho, acercándonos a nuestro punto de destino, el cual se apareció repentinamente a lo lejos, refulgiendo como un astro de nuevo género.

—Bien — dije —, ya falta poco. Espero tener la suerte de estar a su lado en el viaje hasta el satélite, Aldis — y de nuevo volví a reparar en el dormido hombrecillo.

La muchacha se dio cuenta de mis miradas.

—¿Le pasa algo, Rick? — quiso saber. Fruncí el ceño.

—No comprendo. A menos que' se haya pasado la semana entera de juerga y su tipo no es de tal clase, que ese hombre esté durmiendo todavía.

—¿Y bien? ¿Tiene ello algo de particular, Rick? Volví a encogerme de hombros.

—Oh, por mí... A lo mejor se le fue la mano en la dosis de AntiGe. Creo que se dormiría solo con oler la droga, teniendo un cuerpecillo tan menudo. —Bueno, déjelo; ya lo sacarán de aquí.

El megáfono ladró de nuevo.

—¡Atención! ¡Atención! Estamos ya a punto de aparcar al lado de la Estación del Espacio. Dentro de diez minutos comenzará el trasbordo a la nave lunar.

—Y luego cinco días de fastidio — refunfuñé, pero hice una rectificación muy apresuradamente —. Oh, dispénseme, Aldie; no sé cómo pude olvidartnecle usted.

Ella se echó a reír.

—No pierda el sueño por mi; también yo me estremezco al pensar en

los cinco días del viaje. ¿Cuándo lograrán reducir ese tiempo?

—Cuando el problema de los combustibles esté resuelto definitivamente. Tenga en cuenta que no puede usarse combustible más que para el despegue v el aterrizaje; el resto del viaje se hace en órbita libre.

—¿Tan caro resulta? Perdóneme, Rick; abstraída mis estudios de mineralogía, no me preocupé mucho de la astronáutica.

—Quizá, si no anduvieran ya explorando los planetas cercanos, podría viajarse a la Luna en mucho menos tiempo, utilizando los motores durante la mayor parte del viaje. Pero ha de tener en cuenta que, solamente para subir desde el astropuerto a la. Estación Espacial, se gastan ya seis mil ciento once toneladas de ácido nítrico e hidracina. Y más que el consumo, la capacidad de uso de los motores está limitada por el volumen tan enorme que tendrían los depósitos de combustible. Sería un armatoste gigantesco y antieconómico, precisamente por eso, Aldie.

La joven sonrió.

—Está bien — murmuró —; habremos de resignarnos a los cinco días de viaje.

—Yo ya me he resignado —sonreí también, y diez minutos más tarde nos disponíamos a pasar a la Estación, de donde, tras el oportuno examen de nuestros documentos, transbordaríamos definitivamente al «Bonita Lola».

Hicimos cola para salir, Aldie y yo los últimos.

El tenientito nos precedía, así como el gordinflón. Kreeler ya había desaparecido.

En aquel momento, el oficial que acomodara a Aldie a su llegada al cohete se dirigió hacia la litera, y dijo:

—Por favor, caballero; hemos llegado ya.

Me volví, curioso e intrigado. Y Aldie también. El oficial sacudió, levemente al hombrecillo, sin obtener la menor respuesta. No sé por qué, una sospecha candente cruzó por mi cerebro, brillando como un meteorito al introducirse en la atmósfera.

Salté hacia allá y miré al tipejo. No necesité repetir más la mirada.

Volví el rostro hacia el oficial.

—Ese hombre está muerto, teniente —afirmé, la verdad, un poco truculentamente—. Envenenado con ácido prúsico, para más precisión.

Recuerdo que Aldie me oyó y no pudo contener un gritito de susto.

CAPITULO II

A través de una de las lucernas del cohete, veía la nave que nos iba a llevar al Satélite. Estaba aparcada en un lado de la Estación, aproximadamente a un cuarto de circunferencia de donde nos hallábamos nosotros.

Nada más lejos, ni más decepcionante tampoco, que las descripciones habituales que las novelas de fantasía científica hacían, durante la primera mitad del siglo que está a punto de concluir, de una nave espacial. Los románticos lectores, y los no menos románticos autores de entonces, se habrían llevado el gran chasco si hubieran podido ver cómo era, en realidad una astronave cuyo destino era, únicamente, navegar en el vacío. Naturalmente, pues, no era preciso que tuviera la ahusada forma del cohete, ni tampoco debía estar provista de aletas correctoras del rumbo. Teniéndose que mover en el vacío donde no hay resistencias a vencer de ninguna clase, su estructura externa era cualquier cosa menos aerodinámica.

Parecía un confuso revoltijo de cilindros y esferas, unidos todos por viguetas llenas de orificios circulares con el fin de disminuir peso, y en donde los cilindros y las esferas se hubieran añadido a capricho, según iban llegando del planeta, pues había sido construida íntegramente en el espacio. En la parte que podríamos llamar superior, saliendo casi de la esfera destinada a tripulación y pasajeros, salía una larga antena con un espejo metálico semicilíndrico, destinado a proporcionar la energía eléctrica suficiente por medio de los rayos de sol que calentaban, hasta su vaporización, un tubo de mercurio que movía la turbina. El mercurio se condensaba, siendo luego utilizado de nuevo, en un ciclo sin fin.

Por otro lado salía otra pértiga a cuyo final estaban las antenas

direccionales de radio que servía para las comunicaciones con el planeta y su satélite. La enorme grúa que servía para descargar los materiales, una vez llegados a este último, estaba plegada sobre si misma, así como las grandes patas de aterrizaje, que se distendían, a la manera de colosales extremidades de un gigantesco arácnido cuando se tocaba la superficie de la Luna.

Las esferas contenían el ácido nítrico y la hidracina, combustible que servía para el despegue y la colocación de la nave en la órbita que la llevaría a su punto de destino. Una vez sucedía tal cosa, se desprendían y eran recapturadas más tarde, para una posterior utilización. Quedaban los cilindros que contenían el mismo combustible para la llegada y el despegue de la Luna, y en la base se veía el enorme grupo de toberas, varias de ellas capaces de girar en uno u otro sentido, que servían para la impulsión y los cambios y corrección de ruta.

Junto a la nave, equipados con trajes de vacío, se veían varios hombres dando los últimos toques antes de la partida, que ya no podía tardar mucho. Un tubo flexible comunicaba la Estación con la entrada de la nave, y por allí se pasaba de la una a la otra sin necesidad de utilizar esclusas de aire ni, por lo tanto, tener que soportar la pesadumbre de vestirse y desvestirse de los trajes estancos. Todo esto lo vi en un segundo, pero luego mis ojos se clavaron en la estúpida expresión de asombro que había adoptado el teniente cuando le solté el cañonazo.

La pequeña pausa de silencio que se hizo a continuación del gritito de Aldie, fue rota por el oficial con un balbuceo.

—¿Ácido prúsico? — murmuró, terriblemente confuso, y en su rostro se reflejaba una expresión incrédula.

—Eso es — afirmé de nuevo —. El olor a almendras amargas es característico. ¿No lo nota usted?

Temblaron las aletas de la nariz de mi hombre. —Sí... — murmuró y por un momento creí que se iba a desmayar.

—¿Quién era este tipo?

—Pues... — el desconcertado oficial se rascó la cabeza, dubitativo — Miraré sus documentos y...

— ¡Quieto! — ordené secamente —. ¡No lo toque!

Estoy seguro de que la píldora de AntiGe que se tomó era toda ácido prúsico. En realidad, ha debido de morir en tierra, antes de nuestra partida.

—Bueno, ¿y qué debo hacer?

—Tiene usted un capitán. Déle cuenta y que sea él quien dirija la investigación. Si el asesino es uno de los que viajaban con nosotros, no puede escaparse. O se encuentra en la Estación, o ha pasado ya al «Bonita Lola». Pero si, como me supongo, las píldoras se las proporcionaron en el astropuerto, entonces la tarea va a ser un poco más difícil. Cuando venga su capitán, regístrenle cuidadosamente; quizá quede alguna en el tubito que dan a todo el mundo, y yo tengo que irme; no puedo entretenerme más.

El oficial se recobró.

—Antes, sin embargo — dijo ya con cierta serenidad —, me dará usted su nombre y condición.

Se los dije —los falsos, no faltaba más —, y agregué:

—Como yo voy a Donald Duck, es obvio que no puedo escaparme. Ahí le queda eso, teniente. ¡Y que se divierta!

Alcancé a Aldie en la Estación, en donde revisaban sus documentos. Todavía conservaba la palidez que había invadido su hermoso rostro al enterarse de la muerte del hombrecillo.

Me miró ansiosamente.

—¿Qué... qué fue, Rick?

Contuve las ganas que sentía de darla una palmadita en los hombros.

—Luego hablaremos —contesté—; ahora tengo trabajo. Dispénseme unos momentos, Aldie. Vaya a la nave y aguárdeme allí.

Asiéndome a una cinta transportadora, ya que el caminar con un décimo de gravedad era bastante molesto, llegué, comiéndome el tiempo, pues la astronave no esperaba, por la necesidad de partir con precisión de segundos, a la Oficina de Control y Personal. Pregunté por el jefe.

Un hombre de media edad, fornido, de cejas hirsutas, bajo las cuales centelleaban sus agudas pupilas, me soltó un exabrupto. Sin duda se

consideraba algo así como el Archipámpano de la India.

—¿Qué tripa se le ha roto aquí, hermano? Si tiene que formular alguna reclamación...

Le froté bajo sus gruesas narices cierta tarjeta que tengo yo para casos como éste, en vista de lo cual el tipo de las cejas se conmovió.

—Quiero ver la lista de todos los que embarcan en el «Bonita Lola».

—Si, señor. Al momento, señor — me dijo con servil acento, y no habían pasado diez segundos, cuando ya la tenía ante mis ojos.

Consulté mi cronómetro; el tiempo era devorado por las agujas implacablemente; apenas si tenía ya cuatro minutos ante mi.

Pero me bastó con uno. Contemplado casi con éxtasis por el jefe de Control, me aprendí de memoria los nombres de quienes creí más conspicuos pasajeros de la nave. Luego miré fijamente a mi hombre.

—No tengo tiempo para más. Sírvase — dije, en tanto le devolvía el rol— envíeme una copla fotostática al «Bonita Lola», apenas nos hallemos en órbita libre. Por mediación del capitán Kreeler a quien pondrá en antecedentes.

—Sí, señor; váyase tranquilo.

Di media vuelta, con la seguridad absoluta de que no me fallaría, y me encaminé hacia la esclusa en donde, aguardando impaciente mi llegada, estaba Aldie. A su lado, el primer oficial del «Bonita Lola» taconeaba con impaciencia, pues ya estábamos a punto de zarpar.

Tachó mi nombre de la lista.

—Falta uno, ¿verdad? — inquirí. Arqueó las cejas asombrado.

—Si, pero ¿cómo lo sabe?

—Eso no importa ahora. Dígame como se llamaba el que falta.

Impresionado por mi autoritario acento, el oficial no me puso pega alguna. Pero su rostro expresó bien claramente la consternación que sentía.

—¿Dijo cómo se llamaba? — murmuró atónito.

—Así es, teniente. Dese prisa; no podemos perder tiempo.

El oficial consultó el rol, mirándome acto seguido.

—Justus von Diebig, biólogo.

Puedo decir que, al oír aquellas palabras, y con muy poca metáfora en la frase, enderecé las orejas.

—¿Biólogo? ¿Adónde iba?

—A Donald Duck, señor. Pero no entiendo... — dijo el oficial, turulato del todo.

—Ni falta que le hace — refunfuñé de malísimo talante.

Tan fresco, sin embargo, cogí del brazo a la joven, diciendo:

—Vámonos, Aldie; ya tendremos ocasión de hablar más adelante.

Ella me miró, asustada.

—Oh, Rick, ¿es muy grave lo que ocurre? Fruncí el ceño.

—Quizá mucho más de lo que me pienso, y eso que estoy enterado del asunto. ¡Válgame Dios! ¡Von Diebig asesinado! ¡El escándalo que se va a organizar allá abajo cuando lo sepan...!

Cerré la espita de las lamentaciones, cuando vino un oficial a acomodarnos en nuestras literas respectivas que, más que literas, eran comodísimos sillones. En realidad, apenas si íbamos a notar los efectos de la aceleración, puesto que a la velocidad de unos veinticinco mil kilómetros que ya tenia la estación de por sí, girando alrededor de la Tierra, solamente había que añadir unos seis mil, para alcanzar los treinta y un mil con que iniciaríamos el viaje, despegándonos de la gravedad terrestre. Pero antes tendríamos que dar una vuelta total en derredor del planeta, en forma de espiral, ganando distancia cada vez hasta que, al llegar al punto máximo, estaríamos ya situados en la órbita que nos llevaría, sin necesidad de más impulsión, a nuestro destino.

Un trueno profundo, con un suave estremecimiento, llegó a la cabina desde las profundidades de la astronave. En el mismo momento, sentí que mí cuerpo ganaba peso. Miré a Aldie, sonriéndola, para tranquilizarla.

La Estación comenzó a separarse con la misma lentitud que el muelle cuando zarpa un barco. Tan despacio, que parecíamos estar inmóviles,

a no ser por el rumor de los motores, pero, inexplicablemente, sin darnos cuenta casi, fuimos perdiendo el contacto.

Dejamos a un lado el círculo de la Estación, que ya hacia tiempo había perdido su primitiva forma, con el aditamento de nuevos y nuevos adminículos que resultaban indispensables, a medida que aumentaban las necesidades del tráfico espacial. Un cuarto de hora más tarde, era ya solamente un puntito brillante en el espacio, ligeramente superior a las estrellas que brillaban fríamente en el cielo.

El «Bonita Lola» aumentó su velocidad. Debajo de nosotros, blanquísima, impoluta como una novia en su noche de todas, estaba la Tierra, girando eternamente en la inacabable noche del Tiempo, iluminando todo con su fantástico resplandor, y llenando con su colosal bola todo el campo de nuestra visión.

De pronto, la Tierra desapareció. Nos habíamos sumido en su cono de sombra, pero no tardaríamos mucho, un par de horas a lo sumo, en surgir a la luz solar. Aldie volvió a insistir sobre el tema.

—¿Por qué está tan alarmado, Rick? — me preguntó.

Apreté los labios.

—Un asesinato es siempre motivo de alarma, ¿verdad, Aldie?

—Sí, pero... No comprendo cómo le ha afectado tanto, Rick.

—En lo que a mi personalmente se refiere no me ha afectado. Si, en cuanto a lo que concierne a mi empleo.

El peso que sentíamos sobre nosotros aumentó al ganar la nave en velocidad. No obstante, era perfectamente soportable la molestia.

—¿Acaso estaba usted relacionado con ese tal Von Diebig, Rick?

—En cierto modo sí. Aldie. Pero le suplico me dispense; por ahora, y en contra de mi voluntad, no puedo ser más explícito. En cambio la diré que lamento infinito haberla conocido en estas circunstancias.

—No le entiendo, Rick.

Procuré aclarar mis palabras.

—Está ocurriendo algo grave en la Luna.

—No sabía nada, Rick.

—Es lógico; la cosa se ha llevado en completo secreto. Pero, repito, de haber dependido de mi, y no me llame presuntuoso porque diga tales cosas conociéndola hace muy pocas horas, yo la habría dejado allá abajo; en la Tierra, Aldie.

A pesar de la gravedad de mis palabras, la joven encontró fuerzas para sonreír.

—Va a conseguir alarmarme de veras, Rick dijo con acento irónico.

—No es cosa de tomárselo a broma, Aldie; la cosa es mucho más seria dé lo que, incluso yo mismo creo; créalo.

Ella comenzó a impacientarse.

—Pero, bueno, ¿me lo va a decir de una vez o...? En aquel momento sus palabras sufrieron una interrupción.

En la cabina destinada a los pasajeros y donde íbamos escasamente un par de docenas, acomodados todos en nuestros sillones-literas, se produjo repentinamente un escandaloso alboroto. Un individuo, a quien en mi vida había visto, comenzó a quejarse, chillando como un conejo.

Los pasajeros que estaban a su lado trataron de calmarlo. El hombre quería, nada menos, que soltarse las correas.

No tiene nada de particular el estar suelto en el interior de la nave cuando ésta gana velocidad para alcanzar su órbita libre; se reducen a unas cuantas molestias fácilmente soportables, puesto que lo peor, es decir, el alcanzar los veinticinco y pico mil kilómetros horarios de la Estación, ya se ha pasado. Era casi seguro que casi todos los que habían estado allí conocían los efectos del vuelo en un cohete estratosférico intercontinental, donde se llega con facilidad a los diez mil en pocos minutos. Pero en un vuelo espacial, hasta que la nave se ha liberado de las amarras gravitatorias terrestres, la cosa es un poco diferente. Pueden ocurrir accidentes imprevistos que obliguen a una repentina corrección del rumbo antes de tomar el definitivo, y el imprudente viajero que estuviera en aquel momento sin sus correas no lo pasaría muy bien. Con un canto en los dientes podría darse si solamente salía del trance con un brazo roto o una abolladura en la cabeza. Por eso es que se siguen utilizando las correas hasta que la nave vuela libremente y entonces, en su interior, ya no hay gravedad alguna.

Bien, el caso es que el hombre parecía muy inquieto, y chillaba como

un conejo a punto de ser degollado. Pero le temblaban las manos y no podía desasirse tal como él había querido. Sus compañeros, alargando los brazos procuraban disuadirle de su empeño.

Me dio la impresión de que al hombre le había picado un enjambre de abejas en todo su pellejo, a juzgar por la forma de moverse. Pero, de pronto, sin causa alguna que lo justificara, se quedó quieto.

Sudaba copiosamente y se pasó la manga por la frente. Sonrió aprensivamente, en tanto que se disculpaba como podía con sus compañeros de viaje. Luego encendió un cigarrillo como si nada le hubiera pasado.

Me volví a mirar a Aldia.

—Psicosis del espacio —dije—. Hay tipos a los cuales no debiera permitírseles viajar ni siquiera en bicicleta

—¿Qué es una bicicleta, Rick? — rió Aldie, y la acompañé. Saqué cigarrillos y comenzamos a fumar.

Procuré desviar su atención, charlando de mil temas distintos. Y tan bien lo hice, que yo llegué incluso a olvidarme de dónde estaba, hasta que súbitamente, el rumor de los motores dejó de percibirse. Pasamos en un instante de una gravedad normal, a una gravedad cero, y vi que la muchacha palidecía.

—¿Es la primera vez que se siente como una pluma, Aldie?

—SssÍ... — balbuceó.

—Entonces, es que no ha tenido novio nunca, ¿eh?

No es agradable, hasta que uno se acostumbra, estar en un lugar donde la gravedad no existe. Se siente uno ligero, liviano, convertido en un ángel con carnal envoltura, pero eso de no tener el peso normal, resulta un tanto desconcertante, Hay gentes que llegan hasta a marearse y devolver la comida de Navidad, pero, afortunadamente, Aldie resistió bien. Lentamente, los colores, sanísimos, sin necesidad de mejunjes, acudieron a sus mejillas.

—¿Está ya mejor? — pregunté.

—Sí; fue un poco raro al principio, pero espero acostumbrarme muy pronto.

—Dentro de cinco días —repuse— sufrirá usted los efectos contrarios. Claro es que solamente pesará un sexto de lo normal. Sin embargo, uno se habitúa en seguida.

Miré hacia la Tierra. No parecía haber disminuido de tamaño, y llenaba casi todo el horizonte, como una bola de plata azul colgada de las estrellas, cuyo resplandor no era disminuido en nada por una atmósfera que allí no existía.

Pero un hombre, bajando de cabeza del piso superior, donde estaba la cabina de mando, atrajo nuestra atención. Aldie cerró un instante los ojos.

—¿Señor Jordán? — preguntó el capitán Kreeler, alargando las manos con los pies en alto.

—Encantado, capitán. La señorita Chávez.

Aldie se arriesgó a abrir los ojos. Estrechó la mano.

—¿Cómo está? —dijo, inspirando profundamente. Con una contorsión, Kreeler adquirió una postura más correcta. De uno de los bolsillos del uniforme sacó un papel.

—La lista de pasajeros, señor Jordán. Me permití agregar la de la tripulación.

—Muy agradecido, capitán —y no tuve tiempo de desdoblar el papel, por la sencilla razón de que, en el mismo lugar que antes, volvió a estallar el alboroto.

De no haber sido tan trágico, podría haberse tomado a broma. Un grupo de pasajeras revoloteaban en torno al hombre que antes chillara tanto, examinándolo aprensivamente. Kreeler me miró, frunciendo el ceño:

—¿Qué diablos pasa allí, señor Jordán?

—Será mejor que vayamos a investigar, capitán, —dije, y eché las correas a un lado. Aldie me quiso imitar, pero se lo prohibí —: No, usted no; quédese aquí muy quietecita y no se mueva hasta que volvamos.

Volando literalmente, nos acercamos al grupo de escandalosos, los cuales se echaron a un lado para dejarnos pasar. Y, apenas lo habíamos hecho, cuando hube de reprimir una exclamación de

asombro.

¡El pasajero chillón estaba ahora con los ojos profundamente cerrados, sudando copiosamente, con las manos contraídas y los dedos engarabitados, al mismo tiempo que su pecho se agitaba estertorosamente!

No obstante, yo no me fijé en su aspecto general, sino en su rostro deforme por los padecimientos que sufría interiormente. Y más que en el rostro en el sudor.

Éste no era un líquido normal, como el que estaba acostumbrado a ver en todo aquel que hace un ejercicio violento, o pasa por unos momentos de angustia, o le es provocado por una enfermedad grave. No; no era el sudor clásico Las gotas que le brotaban de la frente parecían diminutos puntos brillantes, como si fueran...

¡Para expresarlo de una vez, diré que aquel tipo sudaba plata!

CAPÍTULO III

Recuerdo que Aldie chilló asustada, al mismo tiempo que, instintivamente curiosa, quería acercarse a aquel lugar. Giré en redondo sobre mis talones.

—¡No se mueva de donde se encuentra! —y mi orden la frenó en seco. Abrió mucho los ojos, al tiempo que se mordía los labios, pero no insistió.

Volví a mirar al individuo. Éste continuaba sudando aquel líquido brillante, de aspecto tan parecido a la plata, mucho más aún que el mercurio, pero, poco a poco, su respiración iba normalizándose, al mismo tiempo que la tensión interna que le devoraba iba cediendo. Muy pronto quedó en una simple pérdida del conocimiento, sin otro síntoma extraño que aquella inexplicable y brillante exudación, que tanto nos estaba asombrando a todos.

Kreeler Intentó acercarse a él, pero también hube de detenerlo.

—¡No lo toque, capitán! —y luego miré a cuantos nos rodeaban,

escrutando sus rostros, más curiosos que consternados — ¿Alguno de ustedes tocó a ese hombre? — pregunté.

Tres o cuatro manos se alzaron casi a un mismo tiempo.

—Está bien —dije—; sepárense de los demás. Tres obedecieron, pero uno se sintió gallito.

—Oiga, amigo, ¿quién es usted aquí para...?

Me volvía medias hacia Kreeler:

—Capitán, dígale a este pedazo de bestia que me obedezca.

El comandante de la astronave carraspeó innecesariamente:

—Haga lo que le dicen, amigo; es por su propio bien.

Los cuatro hombres quedaron a un lado y, excepto el protestón, los restantes estaban visiblemente asustados.

—Es necesario — ordené mirándolos —, que ustedes se despojen al instante de sus ropas y de todo objeto de uso personal. El capitán Kreeler se encargará de incinerarlas y facilitarles luego ropas limpias, en tanto que ustedes se desinfecten con todos los medios que tenemos a nuestro alcance.

Kreeler se rascó la cabeza:

—Que no son muchos, esa es la verdad — me dijo —. Agua, jabón...

—Si tuviéramos a bordo permanganato potásico podríamos decir que tenemos la solución en nuestras manos — refunfuñé —. ¿Alcohol, capitán?

—Poco; lo suficiente para poner alguna que otra inyección. Para posibles contusiones con efusión de sangre, tenemos celulina plasmática, pero ya puede figurarse...

—No siga; comprendo de sobras. De todas formas — volví a dirigirme a los cuatro pasajeros que había separado —, óiganme con atención, y tengan en cuenta que la cosa es quizá molesta y no diré que hasta resulte ridículo. Pero lo mismo es por su bien que por el de todos cuantos aquí viajamos. Han de hacer lo siguiente: bañarse de arriba abajo, enjabonándose todos los rincones del cuerpo, y frotándose hasta que les brote la sangre. Luego se afeitarán los cabellos y se depilarán el resto hasta quedar como recién nacidos. Las uñas

igualmente: al ras de la carne. La lástima es que no podamos hacerla por medios quirúrgicos; de lo contrario, se las arrancaríamos también. El capitán Kreeler se encargará de darles ropa limpia y, lo que ya es más difícil, procurar les lugar «*ad hoc*» para su aislamiento absoluto; fíjense bien en lo que digo: aislamiento absoluto.

Hubo unos momentos de denso silencio, roto al fin por la voz del protestón:

—¡Eso es un abuso! ¡Un abuso intolerable, si señor! ¡No permitiré que…!

Lo miré con toda la tranquilidad que pude: —Usted hará todo cuanto le hemos dicho, por su propia voluntad. En caso contrario, no le diré que le voy a amenazar con mi pistola —y al nombrar el arma la hice relucir—, sino que le mataré aquí mismo como a un perro rabioso. Porque, aunque les moleste la comparación, usted y los demás, incluyendo al desmayado, en estos momentos no son más que unos perros atacados de rabia. No nos morderán, es cierto; pero pueden contagiarnos la peste de plata y, hasta ahora, no se ha encontrado ningún antídoto que pueda salvar a una persona atacada de dicho mal

Sonó un gemido apagado: uno de los que habían tocado al apestado, había exhalado un suspiro y perdió el conocimiento. Pero, hallándome en un lugar de gravedad cero, se quedó ridículamente en pie, con los brazos y las piernas laxos, sin fuerzas, sin otros síntomas de su momentáneo colapso que el cierre de los párpados.

Kreeler me miró también bastante asustado.

—¡Caramba, señor Jordán! La cosa dicha sea con todos los respetos, me parece un poco fuerte.

—No hay precaución fuerte que valga cuando se trata de defender la propia vida. Y estos señores, sí siguen mis instrucciones pueden continuar viviendo cien años mas. Se habrán infectado o no se habrán infectado, capitán; pero hay cien probabilidades contra una de que haya ocurrido lo primero. Desdichadamente, no podemos hacer nada por el enfermo; ni siquiera sacarlo de donde está, con el consiguiente peligro de que, al fin, termine contagiándonos a todos.

Los dos que estaban al lado del desmayado, cargaron con él dirigiéndose hacia uno de los lavabos que había en la astronave, el más amplio; en cambio, el otro continuó en sus trece.

—Soy Caleb McCraig, de la Translunar, capitán Kreeler. Puedo hacerle

mucho daño si me obliga a aceptar las órdenes absurdas y arbitrarias de un mequetrefe que…

Kreeler comenzó a sudar, pero sudor legitimo.

—Por favor, señor Jordán — díjome suplicante.

Aún tenía la pistola en la mano:

—Al infierno usted y la Translunar, McCraig. La próxima vez que me replique le meteré un balazo entre ceja y ceja, tan cierto como que estamos aquí. ¡Vaya al lavabo inmediatamente y haga cuanto le he dicho!

El protestante vio la más firme decisión pintada en mis ojos y, aunque trémulo de ira, centelleando sus pupilas de odio, obedeció. Pasó por mi lado y al que, desde que el hombre es hombre, las miradas no matan, debo el estar aún con vida. Descargó su ira en la portezuela, cerrándola de un golpe.

Entonces fue cuando me dirigí a los restantes pasajeros.

—Señores, la situación es grave; mucho más de lo que ustedes se creen. Podemos sobrevivir todos, menos uno, que es ese infeliz que ya ha sido atacado por la peste de plata, o por el contrario, el «Bonita Lola» convertirse en un ataúd espacial. Pero si hacen estricto caso de todo cuanto digo, llegaremos sanos y salvos a la Luna.

Una mano se levantó del fondo. Miré hacia allí. Era un pasajero alto y esquelético quien llamaba mi atención; tenia pinta de bibliómano o estudioso, a juzgar por las gruesas gafas que utilizaba.

—¿Por qué, es una sugestión mía, claro está, señor Jordán, no volvemos a la Tierra? Tengamos en cuenta que estamos prácticamente al comienzo de nuestro viaje.

—Una sugerencia muy acertada, señor…

—Svilov, Fedor Svilov — me contestó. El apellido era ruso, evidentemente, pero su inglés era impecable, sin el menor acento.

—Pues bien, señor Svilov: no regresaremos a la Tierra, por la sencilla razón de que, caso de que nos contagiemos de esa misteriosa enfermedad, solamente en la Luna existe la persona que puede curarnos.

El ruso parpadeó asombrado. Pero no dijo nada.

—Dicha persona es la doctora— Caughlin, quien hace algún tiempo se dedica al estudio de las posibles causas de tan rara enfermedad. Si ella no lo consigue...

—Lo cual quiere decir que en la Luna ya se ha dado más de un caso, ¿verdad?

—Cierto, señor Svilov.

—¿Y qué suerte corrieron los atacados, señor Jordán?

¡Diablos de ruso! Parecía un fiscal en un juicio.

—Lamento tener que decirle —repliqué no sin cierto disgusto—, que todos murieron en un plazo máximo de cuatro días a partir de la aparición de los primeros síntomas. A veces, más pronto.

—Eso quiere decir que — Svilov se rascó la barbilla pensativamente —, habremos de soportar la presencia de ese hombre aquí, ¿verdad?

—Usted lo ha dicho.

El hombre volvió a preguntar:

—¿Y por qué no se ha hecho pública la existencia de tal enfermedad, señor Jordán?

Me encogí de hombros:

—A eso ya no estoy capacitado para responderle, señor Svilov. Sin embargo, supongo que su gobierno ya estará debidamente informado de cuanto ocurre y, una vez que sepan lo que estoy haciendo, no podrán por menos que darme la más completa aprobación.

—Aprobación, ¿en qué sentido, señor Jordán? ¿Como un hecho consumado? ¿O como una cosa necesaria e imprescindible, dadas las circunstancias?

Torcí el gesto:

—Para sofista no tendría usted precio, señor Svilov. Llámelo hecho consumado, llámelo cosa necesaria, el caso es que se obra así y nada más. Usted mismo puede ver el estado en que se encuentra ese desgraciado. Espero comprenda y apruebe mis precauciones.

—Condicionalmente, sí, desde luego — continuó el implacable ruso, el cual, desde luego, hacía rato me estaba cargando los ánimos —. En cuanto llegue a la Luna...

—En cuanto llegue a la Luna, usted, como yo, como todos cuantos viajamos aquí, si tenemos la suerte dé llegar con vida, seremos sometidos a una inexorable cuarentena hasta que exista la absoluta seguridad de de no somos portadores de ningún germen peliigroso. — Miré a les restantes pasajeros y, con aire autoritario, dando a entender que ya había terminado de hablar, pregunté: —: ¿Alguna pregunta más?

Otra mano se alzó en el rincón opuesto. Esta vez me anticipé:

—Su nombre y condición. Por favor.

—Egleas Nicosiados, técnico sismógrafo, señor Jordán.

—Encantado, señor Nicosiados. Dispare ya, por favor.

—Dice usted que no regresamos a la Tierra porque, a su juicio, solamente la doctora Caughlin es capaz de curar la peste de plata. Si esa enfermedad se produce en nuestro satélite, ¿por qué vamos a él?

Procuré armarme de paciencia.

——Si el señor Nicosiados se hubiera tomado la molestia de fijarse en los datos de astrovuelos, se habría dado cuenta de que hace dos semanas están suspendidos todos los de regreso al planeta, precaución natural, teniendo en cuenta que todos los casos de peste se habían dado en la Luna. Éste es el primer caso que no se da en el satélite y, a pesar de todo, habrá podido ver que no ha ocurrido en la superficie terrestre sino, fuera de ella.

—¿Quiere decir —los ojos de Nicosiados denotaban claramente el asombro de que estaba poseído— que el microbio de la peste de plata solamente puede vivir en la Luna?

Elevé mis ojos al techo de la nave.

——Señor Nicosiados; no soy científico, y por lo tanto no puedo contestarle a esa pregunta. Ni a ninguna otra más; ustedes me dispensarán, pero tengo trabajo.

Me volví hacia Kreeler.

—Deme la lista de pasajeros, capitán. Quiero saber los nombres de los que están encerrados en los lavabos.

—Se la di a usted, señor Jordán — me contestó Kreeler.

Me di un golpe en la frente:

—Es cierto, capitán. Con todo este barullo lo había olvidado — y me meti la mano en el bolsillo.

Pero no la tenía allí. Busqué en el otro y tampoco. Un minuto más tarde adquirí la desoladora convicción de que se me había extraviado el papelito.

— ¿Está seguro de que me dio la lista, capitán? — refunfuñé.

Kreeler se amoscó.

—No me diga usted que...

Procuré aplacarle:

—Está bien, está bien; le creo. Sin duda se me extravió con todo este jaleo. Busquémosla a ver si la encontramos por el suelo.

Pero no apareció, lo cual me hizo renegar en voz baja.

—Pues si se la quitó alguno de los posibles contagiados... — sugirió Kreeler

—Que la quemen — mascullé —. Vamos arriba.

Su oficial de comunicaciones me dará una copia.

El comandante de la nave me precedió. Antes de trepar por la escalerilla de acceso a la cabina de mandos, agité una mano, sonriendo a Aldie, la cual me correspondió con una cálida sonrisa. Trepamos con toda facilidad, y unos segundos más tarde estábamos en el ancho círculo que era el puesto de control y pilotaje.

Kreeler frunció el ceño.

—¿Dónde se habrá metido Vincent? — gruñó.

—¿Se llamaba Vincent ese oficialillo que subió con nosotros en el cohete? .

—No; a ése lo tengo ahí fuera, haciendo prácticas de traje espacial con el primer piloto. Vincent es el que estaba de guardia en estos momentos, pero…

Vi una puertecita lateral. La señalé con el dedo.

—¿Qué es aquello, capitán?

—Es nuestro cuartito de aseo, señor Jordán.

—Miremos allí; quizá Vincent se está lavando las manos.

Kreeler refunfuñó algo acerca de los importunos oficiales de comunicaciones que abandonan el servicio en los momentos más críticos.

—Me parece que tendré que apuntarle medio punto negativo en el informe — terminó, con un resoplido, tirando del pomo de la puerta hacia si, y cuando tal cosa hizo, no me desmayé porque, en virtud de mi profesión, he visto demasiados fiambres para que uno más pudiera asustarme.

Sin embargo, la retorcida postura en que se encontraba el desgraciado Vincent, con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo, totalmente invertido, flotando en aquel lugar, —como todos los de la astronave, sin gravedad alguna—, no dejó de impresionarme. Y el hecho me impresionó; no era, naturalmente, una cosa lógica un asesinato al estilo de los antiguos verdugos turcos. Pero el caso es que así había sucedido.

El cadáver del infeliz Vincent se agitó levemente cuando la puerta, al abrirse, provocó una débil corriente de aire.

—¡Está vivo! —exclamó, esperanzado, Kreeler, precipitándose hacia él, pero un examen, aunque somero, más detenido, bastó para convencernos de que, desgraciadamente, al infeliz Vincent, ya no había poder humano que lo devolviera a la vida.

Kreeler apretó los puños, crispándolos de rabia.

— ¡Como pesque al canalla que…!

—Cálmese, capitán —le dije—; con exclamaciones no ganaremos nada. Ahora lo que nos conviene es ponernos en comunicación con Donald Duck, comunicándoles todo cuanto está sucediendo. Sería muy interesante que enviaran una nave hasta nosotros, con la doctora

Caughlin a ser posible; los apestados requieren mucha más atención que el pobre Vincent.

—En eso tiene usted razón, señor Jordán — dijo Kreeler, recobrando ya su presencia de ánimo —. De todas formas, no me gusta que ande suelto un asesino dentro de mi nave.

—Ni a mí tampoco, capitán; tengo mi pellejo en muy alta estima. Pero ahora lo que nos interesa es la lista de los pasajeros. ¿Dónde hallar una copia? —Seguro que Vincent la tendrá en el libro de mensajes. Vamos allá.

Mientras que nos dirigíamos hacia la cabina de nuevo, le pregunté:

—¿Cómo es que usted no lleva un registro de pasajeros, capitán?

Kreeler se encogió de hombros.

—Oh, ¿y qué sé yo? Al principio, si lo hacía, señor Jordán; pero por mi cuenta y riesgo. La lista de la dotación y pasaje se envía directamente, por fotostato, del astropuerto al punto de destino en el satélite, y viceversa. Al comandante de la nave solamente le dicen el número de pasajeros y ya basta. Naturalmente, en cuanto se pasó la excitación de los primeros viajes, y el ir y volver a la Luna se convirtió en algo monótono y rutinario, yo también dejé de preocuparme por la dichosa lista; me limitaba a saber que llevaba las plazas que me decían y nada más.

—Además de la tripulación, lleva usted un camarero, ¿verdad?

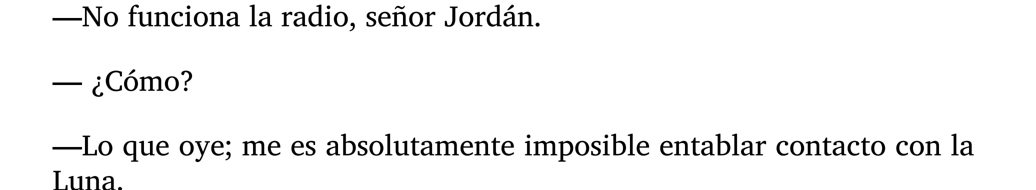
Kreeler sonrió:

—Si; algunos preferirían quizá azafatas, pero lo cierto es que nunca dieron buen resultado. El mareo del espacio, las molestias del viaje, no sé si me entenderá.

—Perfectamente. Y ahora, capitán, sírvase ponerse en contacto con Donald Duck, diciéndoles todo cuanto ocurre y que envíen una nave de socorro con la doctora Caughlin sin pérdida de tiempo.

Kreeler obedeció, como un buen chico. Sentándose frente al panel de instrumentos, comenzó a manipular en ellos. Le observé en silencio. La puerta del lavabo había quedado abierta y por ella se veía un fragmento del cuerpo de Vincent, agitándose todavía levemente, como si estuviera vívo, cosa que no dejó de provocarme un estremecimiento. Volví la cara de nuevo hacia la cuadrada nuca de Kreeler.

De pronto, éste giró la cabeza.



—No funciona la radio, señor Jordán.

— ¿Cómo?

—Lo que oye; me es absolutamente imposible entablar contacto con la Luna.

Me sentí pesimista.

—Estoy viendo — dije —, que el asesino ha tenido tiempo, en tanto que nosotros estábamos abajo, da inutilizar, además, todo el sistema de comunicaciones.

—Pues por fuera parece intacto, señor Jordán.

—Destápelo, ¡por el amor de Dios! — clamé, empezando a perder, por primera vez, el dominio de mis nervios.

Kreeler se procuró un destornillador y unos alicates, instrumentos que nos sirvieron para comprobar, diez minutos más tarde, que todo el interior del panel de comunicaciones estaba hecho una pura ruina y que no servía ni para chatarra.

Ante tamaño desastre, me sentí abrumado. Y tenía motivos para ello.

Estábamos a bordo de una astronave, con un hombre atacado de una enfermedad tan desconocida como mortífera, sin posibilidad de regresar a la Tierra, porque en el planeta, si no también en la Luna, se desconocía el más que hipotético remedio para ella; por si esto fuera poco, cuatro hombres eran sospechosos de haberse contagiado de la susodicha peste de plata; y, para acabar de arreglarlo, un asesino campaba por sus respetos en el «Bonita Lola», habiendo matado ya a un miembro de la tripulación, dejándonos, de propina, totalmente incomunicados con el resto del mundo. Como puede verse, la situación requería un tonel de lágrimas. Y si no me eché a llorar, fue por pura vergüenza de hacerlo ante el capitán Kreeler.

CAPÍTULO IV

Me incliné sobre el desgraciado Johann Rinner, cuyo corazón estaba dando ya sus últimos latidos.

Johann Rinner era el pasajero del «Bonita Lola» atacado por la misteriosa enfermedad que no había recibido todavía un nombre científico, y que solamente por muy pocas personas era conocido por la peste de plata.

La enfermedad podría ser muy misteriosa y estar llena de enigmas, pero de una cosa no cabía la menor duda: de que el nombre era totalmente apropiado a sus características, externas cuando menos. Una fina película plateada le cubría todas las regiones visibles de su epidermis, y era de suponer que las invisibles también, haciéndole semejar un hombre enteramente metálico, más parecido a una estatua que a otra cosa. Sobre la capa plateada se veía continuamente gotitas brillantes, producto de la exudación que no había cesado un momento desde que fuera atacado por el desconocido mal

De pronto, Rinner sufrió un estremecimiento y torció la cabeza.

En circunstancias normales le habría cubierto el rostro. Ahora... demasiado hacía con acercarme a dos metros de su litera en la cual se había acomodado al comenzar el viaje, sin saber que ya no se movería de ella jamás, cuando menos por su propio pie. Aldie estaba unos pasos más allá, y mujer al fin y al cabo, no pudo dominar sus nervios y estalló en sollozos.

Rabioso, enfurecido conmigo mismo, encendí un cigarrillo. Volví la espalda al muerto y acogí en mis brazos a la joven, sin hacer nada por calmarle el llanto; era mejor que se desahogara, lo cual ocurrió al cabo de unos momentos.

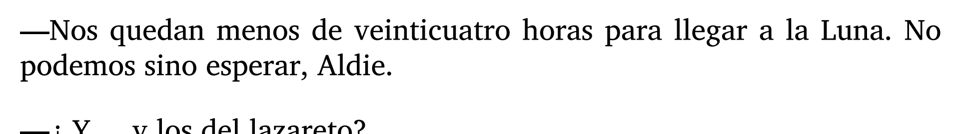
Alzó sus lindos ojos hacia mi, sonriendo a través de las lágrimas que todavía le brillaban en sss ojos.

—Soy... soy una tonta, Rick... Pero no lo pude evitar.

Yo también sonreí:

—Me ha gustado mucho que llorase, Aldie; sobre todo por un hombre con el que no la unía ninguna relación y que Ie había resultado un perfecto desconocido hasta el momento de su enfermedad. Eso demuestra sus buenos sentimientos.

—Es usted muy amable, Rick. Y ahora, ¿qué piensa hacer?


—Nos quedan menos de veinticuatro horas para llegar a la Luna. No podemos sino esperar, Aldie.

—¿ Y ... y los del lazareto?

—Siguen allí. Hasta ahora...

La puerta del lazareto se abrió bruscamente.

—¡Señor Rick! — gritó, asustadísimo, Caleb McCraig.

—¿Qué ocurre? —pregunté, volviéndome.

—Uno de nosotros ha sido atacado por la peste de plata, Joao Mendes.

Corrí hasta la puerta de los lavabos. El portugués, tumbado en el suelo, se movía espasmódicamente, como si su cuerpo estuviera cubierto por millares de hormigas. Pero, de pronto, y lo mismo que el desgraciado Rinner, cesó de moverse y aún encontró fuerzas para sentarse en el suelo y mirarme con una pálida sonrisa en su cetrino rostro.

—Supongo que esto es el fin, ¿no, señor Jordán? — dijo con cierta tranquilidad que no pude por menos de admirar.

Procuré animarle, timándole de paso una noticia:

—¡Bah! No haga caso, señor Mendes. Ahora perderá el conocimiento, lo mismo que Rinner. Pero usted tiene la ventaja de que mañana ya estaremos en la Luna y la doctora Caughlin le curará en un santiamén, con lo cual no se habrá tirado cinco días sin sentido.

—El sentido lo perdí el día que se me ocurrió aceptar un puesto en la base de mi país en la Luna — objetó Mendes con serena ironía, y entonces McCraig se encaró conmigo.

—¿Y bien, señor Jordán, qué piensa hacer con nosotros?

Medité unos momentos. La pregunta era peliaguda, por razón de la respuesta que había que dar. Pero no podía exponer a los tres que quedaban al contagio.

—El señor Mendes — dije —, ocupará su litera, en tanto que ustedes tres continúan aquí hasta el momento del aterrizaje. Está demostrado que si no se toca al enfermo, no hay contagio; cuando menos eso es lo que ha ocurrido hasta ahora. De modo que —miré al portugués—, aprovechando que el señor Mendes tiene todavía el completo uso de

sus sentidos, lo mejor que puede hacer es caminar por su propio pie hasta la litera y amarrarse en ella. Pasado mañana —sonreí—, se despertará como si no le hubiera ocurrido nada.

El portugués asintió y se levantó. Hizo lo que le mandaban y apenas si había tenido tiempo de atarse, cuando perdió el conocimiento. Las gotas de plateado sudor comenzaron a hacer su aparición casi al instante.

Me felicité de que, en medio de todo, la cosa hubiera ido tan rápida. Así, el infeliz Mendes no había tenido tiempo de ver el cadáver de Rinner, con lo cual se había evitado el adivinar cuál era, en realidad, la suerte que le estaba aguardando. Sin embargo, había cierto consuelo para los que no habíamos tocado al muerto: no estábamos contagiados.

Más al momento surgió la pregunta por sí sola en mi mente. Johann Rinner no había tocado a ningún apestado; ¿quién, pues, le había transmitido el maligno germen de la enfermedad, teniendo en cuenta que, desde que se descubriera, se habían suspendido todos los vuelos de regreso del satélite?

Me sentí incapaz, de momento, de contestar la tal preguntita. Caminé hacia mi litera, con mil contradictorios pensamientos agitándose frenéticos en mi cerebro. Dos hombres habían muerto violentamente, dos hombres cuyas misiones eran fundamentales: van Diebig, el biólogo, y Vincent, el oficial de comunicaciones. Aparte, un pasajero había muerto víctima de la misteriosa peste de plata, y aún quedaba un cuarto en trance de muerte, si la doctora Caughlin no lograba salvarle. Y los últimos informes que me habían dado, antes de partir, era que no había conseguido nada positivo, nada que pudiera infundir la menor esperanza. Por lo tanto, miré a Mendes, dándome cuenta de que tenía ante mis ojos a otro condenado a muerte.

Sentí que una mano se apoyaba en mi hombro.

Sin volverme, puse la mía encima.

—¿Qué hay, Aldie? .

—¿Cómo van sus ánimos, Rick?

—No muy bien, esa es la verdad. Sí lograra adivinar quién mató a Vincent, tendría mucho terreno adelantado. Podría interrogarle y...

Kreeler descendió súbitamente de la cabina de mando y se quedó

suspendido a medio metro de mí.

—Hola, señor Jordán; ¿nada nuevo?

Moví la cabeza de derecha a izquierda.

—Nada en tanto no descubramos al asesino de su oficial de comunicaciones, capitán. Entonces le retorceré el gaznate hasta que hable. Nos dirá cosas muy interesantes; se lo aseguro;

Kreeler sonrió ampliamente en tanto ponía ante mis ojos sus manos como jamones.

—Déjemelo a mi, señor Jordán; verá cómo canta más que Caruso.

—Le llamaré cuando tal cosa ocurra, capitán, descuide.

El tiempo pasó y, a medida que iba pasando, el redondel de plata que es la Luna iba creciendo más y más, en tanto que nuestro planeta disminuía de tamaño. Ya veíamos a simple vista los ochenta kilómetros de Aristóteles, debajo del cráter de Eudoxio, mucho más pequeño, y en línea recta casi con el Valle de los Alpes y el Monte Pico, y a aquel colosal circo, de escarpadas murallas que se elevaban casi tres mil metros sobre el centro de su fondo, que era donde nos dirigíamos. Naturalmente, no aterrizaríamos allí, sino en la parte más llana del Mar del Frió, de donde orugas estancas nos llevarían a la base.

Ya acabábamos de pasar la línea neutra donde se equilibran las dos fuerzas de atracción terrestre y lunar, y la velocidad de la nave, que se había reducido a unos pocos centímetros por segundo, empezaba a aumentar. Dentro de pocas horas tendríamos que reducir marcha hasta el momento de la toma de contacto con el suelo del satélite. Y si para entonces no había encontrado al asesino...

Pero, ¡cómo no se me había ocurrido! El criminal no podía haber sido más que una persona que había tenido constantemente ante mis ojos. Lo tenía que haber visto casi desde el primer momento, y, ciego, había buceado por todas partes menos por donde debía hacerlo. Ahora que estaba seguro, positivamente seguro, de su identidad. Tan excitado me puso el descubrimiento que perdí la calma y obré con más anticipación de la necesaria.

Me volví hacia la española.

—Aldie, ¿quiere darme de bofetadas? La joven respingó:

—Con gusto... si me dice por qué, Rick. ¿Ha cometido un patinazo?

—Y grande, Aldie, y grande. Voy a desenmascarar aI criminal ahora mismo.

Aldie palideció y apoyó la mano en mi antebrazo.

—Tenga cuidado, por favor, Rick, se lo suplico. Me eché a reír y, todo hay que decirlo, con bastante fanfarronería.

—Bah, no pase pena por mí. Llore, si acaso, por ese desalmado — tras de lo cual me levanté, saltando hacia la escalerilla, que daba a la cabina de mandos.

Trepé arriba en un santiamén. Kreeler y el primer oficial, O'Donough, estaban sentados ante una mesita, a punto de ingerir su almuerzo. Un poco más allá, el tenientillo examinaba atentamente, con cara de pasmo, los accidentes geográficos lunares, en tanto que Ryan, el camarero, estaba destapando unas latas de conserva.

Kreeler abrió los ojos al verme.

—¿Qué le trae por aquí, señor Jordán? ¿Quiere acompañarnos?

—Gracias — repuse con sequedad —. Vengo a decirle únicamente que ya sé cuál es el asesino del pobre Vincent.

El comandante de la nave se levantó de un salto.

—¿Dónde está? —rugió, abriendo y cerrando sus manazas—. Tráigamelo, señor Jordán; quiero matarlo yo mismo, con mis propias manos. La canallada que hizo...

Me apoyé plácidamente en un panel de la cabina.

—Pues entonces — repliqué tan fresco, aunque por dentro me hervía un volcán de indignación—, ya puede irse ahorcando usted mismo, capitán.

El rostro de Kreeler se congestionó hasta parecer la cola de una langosta recién cocida. Estaba a punto de reventar su traje por las costuras.

—¿Cómo ha dicho, señor Jordán? — aulló. Me di cuenta de que O'Donough se había levantado, aterrorizado y que, tanto el tenientillo como Ryan me miraban como si contemplasen a un orate escapado de un manicomio.

—¡Repita lo que ha dicho, Jordán, y le comeré los hígados! — berreó Kreeler, dando un paso hacia mí. A decir verdad, aquellas manos infundían respeto. Pero una de las mías estaba a pocos centímetros de la culata de mi pistola.

—Capitán, el asesino de Vincent no ha podido ser más que uno, y ese uno es usted. Usted, Kreeler, envió fuera a su primer oficial y al teniente... Por cierto, ¿cómo se llama? Todavía no sé su nombre.

—Pitt, señor, Jimmy Pitt — contestó el aludido, muy pálido.

—Gracias hijo. Pues como seguía diciendo, usted, por los motivos que fuera, seguramente porque sabía que yo venía en su nave primero y, después porque también sabía que se iba, a declarar a bordo la peste de plata, envió fuera, con la excusa de las prácticas a Jimmy y a O'Donough. Entonces fue cuando estranguló a Vincent, destrozando luego el sistema de comunicaciones para que no pudiéramos entablar contacto radial con la Luna.

—Está diciendo una sarta de falsedades, Jordán — farfulló Kreeler.

Me eché a reir.

—No supe dar con usted hasta que, pensando, pensando, recordé el momento en que, allá abajo, agitó sus manos ante mi. Unas manos muy grandes, muy fuertes, capitán; capaces de estrangular con un cordón a un hombre en contados momentos.

—Cualquiera otro lo pudo hacer, Jordán. Y no le toleraré más que...

Ahora fue cuando me enderecé para la estocada final.

—Es cierto, capitán —le dije —. El enrollar un cordón alrededor del cuello de una persona y luego, aprovechando su indefensión, debida a la sorpresa, estrangularlo, es cosa al alcance de cualquiera. Pero solamente una persona pudo decir una frase comprometedora, capaz de delatarlo tan ciertamente como si le hubieran fotografiado en el momento de ahorcar al desgraciado Vincent.

Kreeler sonrió con altanería.

—¿Y esa frase es... ?

—Una muy simple, capitán, una muy simple.

Cuando usted y yo abrimos la puerta de ese lavabo, el cuerpo de

Vincent se agitó por la débil corriente de aire que provocó la apertura de la puerta, puesto que, como recordará, en un lugar sin gravedad, flotaba suspendido. Usted dijo entonces: «¡Está vivo! ¿No habría sido lo más lógico decir, viendo el cordón en torno a su garganta: «¡Esta muerto!». Pero no, capitán; el movimiento del cuerpo de su oficial de comunicaciones, movimiento apenas perceptible, le engañó y usted se traicionó. Usted creía haberle matado y de pronto le vio moverse. El «¡Está vivo!» se le escapó sin querer y...

De pronto, Kreeler lanzó un rugido de fiera acorralada, lanzándose sobre mi, con tal rapidez y violencia, que no me dio tiempo de sacar la pistola. Me metió una de sus manos por el estómago, doblándome en dos, de lo cual se aprovechó para esfumarse por la escalera abajo. Un fenomenal estrépito se organizó de pronto en la cámara de pasajeros, y entre los gritos de éstos identifiqué uno, agudísimo, de la española.

Dominando mis náuseas, rechacé los auxilios de O'Donough y los otros, y me tiré de cabeza por la escotilla, satisfecho, en cierto modo, por no haber perdido la pistola.

Pero apenas había llegado abajo, seguido por los oficiales de la nave, cuando me quedé helado, rígido de pavor.

Kreeler había abierto la puerta de acceso a la esclusa de aire y una vez allí se volvió, amenazando — a todo el mundo con otra pistola, salida Dios sabe de dónde

Me miró con una expresión llena de maligno odio

—No me cogerás, «Sabueso» —siseó, al mismo tiempo que retrocedía un paso, tanteando hacia atrás, con la mano izquierda, el pulsador que abriría la compuerta exterior.

Cuando tal cosa sucediera, el aire de la nave se escaparía en un santiamén y nosotros con él; no es necesario, pues, que me entretenga describiendo cómo es una muerte por súbita descompresión y posterior congelación en el vacío sideral; son detalles demasiado morbosos. Y Kreeler continuaba retrocediendo.

Sin embargo, no lo podía hacer todo lo rápido que quisiera, puesto que, al fin y al cabo, tenía que vigilarnos a nosotros también y mi pistola solamente aguardaba su fallo.

—Entréguese, Kreeler — dije —; procuraremos suavizarle la pena que le impongan.

Se echó a reir siniestramente:

—¡Cómase usted mismo sus cuentos, «Sabueso»!

Ya sé que estoy perdido; pero, cuando menos, no me iré solo. Lamento tener que ir tan acompañado, mas las circunstancias me obligan: me habría bastado con una sola persona.

—¿Yo, verdad? — pregunté.

—Si, usted, «Sabueso» — y los dientes de Kreeler rechinaron de rabia. Retrocedió un paso más.

Alguien sollozó histéricamente. Con el rabillo del ojo vi que Aldie hacia tiras, nerviosamente, un minúsculo pañuelito de encaje, pero no hizo ninguna otra demostración de pánico.

De pronto, O'Donough saltó hacia adelante.

—¡Quieto, O'Donough! —chilló Kreeler, lívido, descompuesto, apuntándole con el arma —. No me obligue a matarle.

Pero el oficial era un tipo valiente y siguió, extendiendo la mano.

—Vamos, capitán, no sea así. Usted y yo hemos viajado muchas veces juntos. Ignoro los motivos que habrá tenido para matar a Vincent, pero, en todo caso, no querrá cargar su conciencia con un crimen más que...

—¡Deje en paz mi conciencia! ¡Es mía! ¡Si da un paso más...!

Pero O'Donough lo dio y entonces estalló una detonación. El oficial se dobló agónicamente sobre sí mismo, llevándose las manos al pecho. Y entonces aproveché yo aquella pequeñísima fracción de tiempo en que los ojos del criminal se habían separado de los míos.

Una de las cosas que se nos exigen en el Servicio de Seguridad es puntería. Y la mía es excelente, lo confieso sin falsa modestia.

Le atravesé la mano para desarmarle de un balazo, cosa que conseguí con facilidad, y entonces, el criminal lanzó un rugido de dolor y rabia al mismo tiempo. No obstante, seguía en sus trece.

Se volvió, arrojándose, ciego, sobre el mecanísmo de apertura de la compuerta exterior. Apoyó su índice en el botón rojo. .

Entonces fue cuando yo, a tres metros de distancia, me dediqué al tiro

al blanco. No podía fallar ni un disparo.

La pistola saltó en mI mano como cosa viva, escupiendo largas lenguas de cárdeno fuego, juntamente con estruendosas detonaciones. Ni una bala se perdió; empecé por la nuca y acabé por la cintura, disparando sin cesar, pues no podía andarme en contemplaciones. Más me habría gustado pescarIe vivo, pero el momento no era para pensar en remilgos. Tenía un montón de vidas, aparte de la mía, que salvar, y lo hice. Ocho balazos convirtieron a Kreeler en un auténtico colador, que se iba estremeciendo espantosamente, a medida que los proyectiles le iban atravesando la carne.

Cuando la carga de mi pistola se agotó, fuera ya de mí, le arrojé la pistola con todas mis fuerzas. El asesino se quedó de pie, con el brazo extendido y el índice a un centímetro del botón que, de haber sido pulsado, nos habría enviado a todos a la muerte.

Durante unos segundos, un consternado silencio sucedió al fragor de los disparos. Lo rompió un quejido de O'Donough.

Entonces hubo alguien que reaccionó, y ese alguien no fue otro que la encantadora Aldie, que se precipitó sobre el desgraciado primer oficial para socorrerle. Pero, desgraciadamente, en el momento en que las manos de la joven lo alcanzaban, O'Donough exhalaba el último suspiro.

CAPÍTULO V

A las 6 horas y 40 minutos de haber pasado la línea neutra y a 834 kilómetros de altura sobre el Mar del Frío, caíamos sobre la Luna, a una velocidad de casi 9.600 km/h. Entonces fue cuando disparé los motores.

Instantáneamente comenzamos a recobrar peso.

Plomo líquido pareció circular por nuestras venas, en tanto que hasta la cabina llegaba el lejano trepidar producido por el escape de los gases incandescentes por las toberas.

Muertos Kreeler, Vincent y O'Donough, solamente quedábamos Jimmy

y yo para gobernar la nave. Y, de propina, al destrozar los servicios de comunicaciones, nos habíamos quedado sin radar, que, conectado con el servomotor automático y el altímetro, graduara los chorros convenientemente para un aterrizaje perfecto en la superficie lunar.

Por tanto, no me había quedado otro remedio que enviar fuera a Jimmy, equipado con traje de vacío y su correspondiente emisora, ordenándole se sujetase firmemente, y así poder transmitirme, de visu, sus observaciones, pues yo también tenía puesta otra escafandra con radio. Era el único medio que teníamos para salir del atolladero y, sí de esta manera no lo conseguíamos, entonces nos haríamos tortilla contra el suelo del satélite.

Miré a Aldie, que estaba a mí lado, pues había preferido sentarse junto a mí para tan peligroso momento, y le alargué una mano, estrechándosela afectuosamente, para darle ánimos. En verdad, no le hacían falta; era sobradamente valerosa.

Di más gas a los motores y la velocidad se redujo todavía. Quince años en el Servicio de Seguridad como yo llevaba entonces, hacen que uno sepa muchas cosas, entre las cuales no se omite un curso completo de pilotaje de astronaves. Pero siempre con los mecanismos completos; nunca con un cacharro estropeado como ya era el «Bonita Lola», y, de propina, con un montón de cadáveres a bordo.

—¡Demasiado aprisa, señor Jordán! — chillaron los auriculares, y largué otra dosis de gas a los chorros. La nave se estremeció y nos sentimos aplastados contra las literas. Creí ahogarme.

Encendí la pantalla televisora de varias caras que me daban las posibilidades conjuntas del «Bonita Lola» sobre el terreno. Caía casi encima del Valle de los Alpes, por lo que corregí el rumbo, desplazándome hacia el Oeste. No pude evitarlo y me eché a reír.

—¿Qué le ocurre ahora, Rick? — me preguntó Aldie, levemente alarmada.

—Nada, excepto que allá abajo se estarán desgañitando llamándonos y andarán locos preguntándose las causas de nuestro silencio.

—Será cosa, digna de ver la cara que pondrán cuando se enteren de las catástrofes, Rick — observó pensativamente la joven.

—Si; se va a organizar una buena — y de nuevo volví la mirada a los mandos. Continuábamos decelerando, afortunadamente, con plena normalidad, pero el satélite se acercaba implacablemente.

Hay que reconocer que el joven Pitt se portó como un valiente. Desde un punto situado en la superestructura de la nave, sólidamente amarrado, expuesto a mil peligros, entre los cuales no era el menor el de un súbito estrechón de las ligaduras que podrían haberlo partido en dos, continuó dándome indicaciones, hasta que, ya a simple vista, deduje que podía poner en marcha el tren de aterrizaje.

Las cuatro grandes palas se desplegaron lentamente en el momento preciso. Luego, otra, central, salió por en medio de las toberas, disparándose hacia abajo. Ésta era tubular, retráctil, y amortiguaría notablemente los posibles efectos de un choque demasiado violento, como así sucedió, en realidad, al tocar tierra. .

La ancha base de la pata central se hundió en el polvo lunar demasiado fuertemente. Entonces, un mecanismo auxiliar, automático, hizo funcionar con más potencia los motores, con el fin de aminorar la colisión. Unos segundos nos balanceamos, sostenidos solamente por aquella pata y los chorros, éstos, disminuyendo de potencia, y, al fin, la nave adquirió una repentina e inmóvil estabilidad. Corté gases instantáneamente y las vibraciones de los motores cesaron, invadiendo de silencio la cabina.

Un coro de alegres exclamaciones me llegó de la cabina de pasajeros. Aldie no se pudo contener y me estrechó las dos manos.

—¡Es usted un hombre maravilloso, Rick! — dijo, y vi que las lágrimas afluían por su lindo rostro. —Vaya, vaya; la cosa no es para tanto, Aldie.

Tenga en cuenta que mi propio pellejo estaba en juego. ¿No le parece motivo suficiente para…?

Movió la cabeza.

—No, Rick; estoy segura que usted es de la clase de hombres que habrían sido capaces de sacrificar su vida por la nuestra. Así lo demostró cuando…

—¡Absit! No más elogios, Aldie, o me traerá usted a los felices tiempos en que todavía tenía abuelita. Vayamos abajo; ahora es cuando viene lo bueno.

* * *

Lo bueno vino después, en efecto, cuando a todos los pasajeros nos encerraron en una habitación cuidadosamente aislada de las demás, en donde tendríamos que permanecer el tiempo suficiente para demostrar prácticamente que no llevábamos encima ningún germen de la peste de plata.

Los primeros días se pasó relativamente bien, cuando menos en lo que a mi me concierne. La compañía de Aldie era — y gracias a Díos, continúa siendo todavía — muy grata, pero al cabo llegué a recordar que yo había ido a la Luna para algo más que estarme allí encerrado en un lazareto aislado mano sobre mano. Cada minuto que pasaba era un tiempo precioso que perdía miserablemente. De modo que, al fin, tras no pocos trabajos y muchas palabrotas, conseguí que Liza Caughlin dejara por unos momentos su laboratorio y asomara sus lindas naricillas por allí.

Nadie habría dicho que Liza Caughlin había cumplido los cuarenta años. Alta, rotunda de formas, pero esbelta al mismo tiempo, era de las mujeres que ganan belleza en el transcurso de los años. Con su cabello de oro, corto, como llevan todas las mujeres que viven en la Luna, por necesidades de la escafandra de los trajes de vacío, parecía una wallkyria con su casco de oro, y nada en ella denotaba a la aguda científica que era, considerada como una de las primeras autoridades en la materia. Absorbida constantemente por sus trabajos, no había tenido tiempo para el amor, aunque, la verdad, siempre sospeché que yo nunca le había sido indiferente del todo y ella a mí tampoco, ¡qué demonio! En realidad, una mujer tan hermosa como Liza no podía pasarle desapercibida a ningún hombre. Y entre ella y ya había mucha confianza, ya que nos conocíamos casi desde pequeños, aunque luego nuestras vidas tomaran rutas distintas.

Se apareció ante mí, deteniéndose precautoriamente a un par de metros, y se quitó el casco de vacío.

—¿Qué te ocurre con tanta urgencia para que me llames como si del verte dependiera la suerte de la Humanidad, Rick? — fue su primer saludo. Ella y yo nunca perdíamos el tiempo en florituras cuando nos corría prisa.

—Quiero que me saques de aquí Liza. Demasiado sabes a lo que he venido y tú no puedes obstaculizarme mi labor.

Movió negativamente la cabeza.

—En estos momentos — me contestó — no eres para mí otra cosa que un paciente sujeto a investigación, Rick. Si te soltara a ti, tendría que hacerlo con los demás. En el «Bonita Lola» se dieron varios casos de peste de plata y la cuarentena ha de ser rígida, total.

—¿De... cuarenta días, Liza?

Se encogió de hombros.

—¿Y quién lo sabe, Rick? Si consideráramos a la peste de plata como una enfermedad corriente, tal vez. Pero hay que tener en cuenta que los primeros casos se desarrollaron en el satélite; no en el planeta.

—¿Sugieres que nos hallamos tal vez ante una epidemia, de origen extraterrestre, Liza? — inquirí pensando en las fantasías de ciertos autores.

—Probablemente Rick, quizás el *Bacillus Lunaris*...

—¡Ah! —exclamé— de modo que ya le has endosado un nombre al bichito ese, ¿no?

—De momento le hemos puesto el que dije; no hay enfermedad que no tenga por origen una bacteria o un microbio.

—¿ Y de dónde demonios ha salido el *Bacillus Lunaris*, Liza?

Los hermosos ojos de mi amiga parecieron expresar la decepción que sentía en aquellos momentos.

—Es lo que estamos tratando de averiguar, Rick.

Suponemos que estuvieron en periodo latente en el suelo del satélite y que, al edificar viviendas sobre éste, comenzaron a desarrollarse en la forma que has podido comprobar por ti mismo.

— ¡Cuernos! — resoplé —. Ahora no me irás a decir que los supuestos habitantes de la Luna murieron de una epidemia de peste de plata, ¿verdad? Son demasiados siglos de vida, hasta para un animalillo de esos. .

—Recuerda — me dijo suavemente — que el trigo que se encontró en las tumbas de los Faraones, enterrado con ellos hace cuarenta siglos, germinó perfectamente.

—Las condiciones son muy distintas, Liza — refunfuñé.

—No podemos hablar de condiciones de vida de una bacteria o un bacilo que desconocemos todavía. El frío del espacio es ideal…

—Sí, para instalar una frigorífica. Con todo, lo considero un tanto absurdo, Liza.

—Las muertes que ha habido no son absurdas, Rick — me recriminó ella.

—¿Cuántas habéis tenido aquí, Liza? — pregunté inesperadamente.

—Una docena, aproximadamente. Y todas con los mismos síntomas que tú viste.

—Y los afectados del «Bonita Lola», ¿cómo siguen?

—Mendes murió. Los otros viven todavía. Pero están muy asustados.

—Lo estoy yo, conque… ¿Hice bien en ordenarles que se desinfectaran de aquella manera?

—Era la única solución posible, con los medios de a bordo. De modo que si salvan la vida, a ti te lo deberán.

—Sí —refunfuñé—, y ese McCraig me debe otra cosa: le chafaré las narices en cuanto me digas que no corre peligro de morir convertido en un espejo.

Liza se echó a reír y me pareció más joven que nunca. De no haber sido por Aldie Que estaba a mi lado…

—La cosa no es para tomarla a broma —le dije—. ¿No puede haber sido provocada esta enfermedad, Liza?

Los ojos de mi amiga expresaron el asombro que le causaron mis palabras.

—Rick, no digas tonterías— me reprendió.

—¡No son tonterías! Nunca he sido aficionado a los viajes espaciales y todos los astropilotos siguen pareciéndome unos chiflados. La Tierra será muy vieja y de ella echamos pestes constantemente, pero ¡mira que venirse aquí para ver solamente hoyos y más hoyos! Sin agua, sin aire, sin un mal rincón de color verde donde tumbarse a la sombra en el verano para echarse una siestecita… Sólo rocas y rocas de color marrón, gris y amarillo sucio… ¡Puah! No me digas que la Luna es bonita.

—Cuando menos —Liza arrojó una pensativa mirada hacia Aldie, que estaba relativamente cerca —no es aburrida.

— ¡Cállate! Aldie es una buena amiga mía; como lo eres tú.

—Por eso te tengo aquí, Rick; porque te aprecio infinito.

—Si; pero si me ataca la peste de plata, la diñaré como un conejo con mixomatosis, sin posibilidad alguna de remedio que me salve.

—Estoy trabajando en ello; no lo olvides, Rick.

—Pues procura hallar cuanto antes el anticuerpo.

—Si no hubieran matado a von Diebig...

—Pero los que lo hicieron ya sabían dónde daban el golpe. Era el único hombre en toda la redondez de la Tierra que habría podido ayudarte de veras, Liza.

Mi amiga suspiró:

—Ahora tendré que hacerme yo todo el trabajo, Rick. Es pesado, pesado de veras.

Contemplé su hermoso rostro.

—Pues no lo parece — dije, y ella se animó.

—¡Bobo! —me dijo riendo—. Basta ya de charla. Tengo que continuar buscando el Bacillus...

—Pon carteles de recompensa por las esquinas y en las oficinas de Correos. «Mil dólares de recompensa a quien encuentre un asesino llamado *Bacillus Lunaris*. Señas particulares: salvo que es muy pequeñito y toma la forma de un mango de escoba cuando se enfada y pica, no se le conocen otras...»

Lo mejor que podías hacer es sacarme de aquí.

—No — contestó Liza firmemente.

—Romperé las paredes y me escaparé sin escafandra — chillé.

Echó el pulgar hacia atrás.

—Inténtalo y te encontrarás con un balazo entre ceja y ceja, Rick. Lo

siento, pero en este asunto no eres más que nadie.

Fruncí el ceño.

—Pensaba invitarte a una copa en el Luna Bar, pero cuando lo haga echaré un puñado de sal.

No me contestó directamente, miro hacia Aldie.

—No te quejes, pirata. No le podías pasar más distraído que en el lazareto. Es muy mona, ¿sabes?

—¡Déjame en paz, Liza?! No es lo que tú supones.

—Porque no has tenido tiempo. Te conozco demasiado, Rick.

—Oye, si crees que… Estás engañada, ¿lo entiendes? Aldie no es nada para mí que no seas tú; procura metértelo en esa cabezota.

Se echó a reír y parecía que de su garganta brotaban campanitas de oro.

—Bueno, bueno, no lo digas con tanta vehemencia; de lo contrario, llegaré a creérmelo. Adiós, Rick. ¡Que te diviertas!

Y ya estaba cerca de la esclusa cuando de pronto se volvió con una chispa de fina ironía reflejada en sus lindos ojos.

—Oye, Rick, puesto que Aldie no es nada para ti, ¿quieres que os envíe un tablero de ajedrez? Os ayudará a matar el tiempo y…

Huyó precipitadamente cuando vio que me abalanzaba sobre una silla. Me quedé allí, rumiando mi desesperación, sin poder hacer otra cosa que pasear frenéticamente de un lado para otro, como león enjaulado.

Aldie sintió compasión de mí y se me acercó para consolarme.

—Lo siento, Rick—me dijo—; comprendo sus impaciencias y sé que sufre aquí dentro.

Solté una amarga carcajada.

—¿Sufrir? Ya quisiera el Dante haber encontrado un tormento como el mío para sus condenados. ¡Esto de no poder moverme de aquí…!

Pero como todo, forzosamente, ha de tener un fin, Liza, que era la que dirigía las operaciones sanitarias, creyó oportuno abrirnos la puerta de la jaula. Estábamos en un lugar estanco, de cúpula de plástico sostenida, no por viguetas ni tensores, sino por la sola presión del aire. Pues bien, creo que tan tuerte fue el suspiro de alivio que exhalé, que la cúpula se elevó al menos un decímetro por encima del nivel normal de seguridad. No se reventó por milagro.

Antes, sin embargo, de comenzar mi investigación, creí oportuno acompañar a Aldie hasta el vehículo que la iba a transportar hasta Madrid Segundo, un oruga blanquísimo, rutilante, con los colores rojo y amarillo pintados en sus costados, formando una larga franja que resaltaba notablemente en el general tono ocre de la superficie lunar.

Los dos estábamos equipados con nuestros trajes de vacío. El mío era de un resplandeciente azul eléctrico, con los colores yanquis en el pecho y espalda y las siglas U.S. y el número 104 también delante y detrás, así como en la parte exterior de los brazos, en la «nuca» de la escafandra y en el vértice de ésta. El de la española, además de los colores de su nación, tenía el número 86 y era de un brillante color calabaza. Tales colores, además de, por ejemplo, el rojo, verde, amarillo, violeta y blanco, no son producto de fantasías o caprichos, sino que son consecuencia de la necesidad de destacar en un medio uniforme como es el suelo del satélite o cuando se está en el negro espacio que nos circunda. El número, además, sirve para la identificación en todo momento, y tanto Aldie como yo tendríamos el mismo asignado en tanto durase nuestra permanencia en la Luna, sin poderlo variar por ninguna circunstancia, a no ser por una inutilización pasajera... cuando se está fuera de él, porque si se estropea con el ocupante dentro, entonces pasa de traje espacial a sarcófago.

Alargué la enguantada mano, tocando la de Aldie.

No caeré en el error de aquellos antiguos autores de obras de fantasía científica diciendo que «la esbelta figura de la muchacha destacaba a pesar de la impersonalidad de su traje de vacío, el cual no podía ocultar totalmente las estatuarias líneas de su cuerpo...», no; el traje de vacío es, ante todo y sobre todo, eminentemente práctico, «y sirve para estar en el vacío». Esto lo primero; lo demás es accesorio. Se puede uno mover con cierta comodidad, andar, sentarse, acostarse, trepar por las montañas, siempre con mucho cuidado de no provocar un desgarrón en su estructura externa, cosa que siempre resulta fatal; cualquier movimiento; en fin, de los que hacemos normalmente, aunque, como resulta lógico, siempre con ciertas restricciones. Pero su diseño no obedece a una moda más o menos pasajera, sino al uso que de él se espera. Por lo tanto, de no ver el rostro de Aldie a través de la mirilla de cristal polarizado, para graduar la intensidad de la luz y eliminar la mayor cantidad posible de rayos ultravioletas, y de no haber oído su clara voz a través del transmisor receptor individual que todas las escafandras llevan, no se podía decir que mi interlocutor fuera una mujer, y hermosa por añadidura.

Por tanto, no resultaba agradable tocar su mano a través de los gruesos guantes que casi impedían el movimiento de los dedos. No obstante, era lo único que cabía hacer en aquellos momentos.

—Me acordaré mucho de usted, Aldie — dije al despedirme.

—Y yo también, Rick. Es muy difícil olvidar todo cuanto usted hizo por nosotros.

Sonreí a través de la escafandra.

—No olvide que ésa era mi obligación. ¿Me permitirá hacerle una visita en cuanto mis quehaceres me lo permitan? ¿O correré el riesgo de que algún celoso «caballero» español me persiga espada en mano?

Se echó a reír.

—Eso sólo pasaba hace un par de siglos, Rick. Será usted siempre bienvenido a Madrid Segundo cualquiera que sea el momento que elija para hacer su visita: — Miró a su espalda y se desasió —. ¡Adiós! Veo al conductor que se impacienta. ¡Buena suerte, Rick! — y echó a correr hacia el tractor, el cual, poniendo en marcha su motor, viró en el extremo sur del Mar del Frío, encaminándose derechamente hacia la colosal grieta que es el Valle de los Alpes, que atraviesa rectamente esta cadena montañosa como si fuera un tajo abierto por un gigante con un mandoble de su espadón. Las orugas del tractor despedían el polvo lunar a ambos lados, no en la forma que se conoce en la Tierra, sino como si se tratara de la estela de un barco, y a cada vuelta de su turbina ganaba en velocidad.

Aguardé unos momentos hasta que el blanco vehículo se hubo perdido de vista, y luego, ahogando un suspiro, volví hacia Donald Duck. Tenía que comenzar una tarea muy importante sin pérdida de tiempo.

Caleb McCraig me salió al encuentro apenas estuve bajo la cúpula estanca. Alargó su mano.

—Lo siento, señor Jordán. Estaba equivocado con usted y ahora veo que le debo la vida. A partir de este momento puede contar con el incondicional apoyo de la Translunar, haga lo que haga. Y si le ponen pegas, mencione mi nombre; se lo autorizo. Tal vez sea un exceso de soberbia por mi parte, pero el nombre de Caleb McCraig abre muchas puertas, al mismo tiempo que cierra más bocas todavía.

Se lo agradecí con breves palabras y luego me enfrenté con el coronel Stapleton, jefe de la base. Liza estuvo presente en la entrevista y allí se formó la primera parte de mi plan de trabajo.

Decidimos coger el toro por los cuernos. Stapleton aprobó mis palabras.

—Los rusos —dijo— han podido cambiar su sistema de gobierno. Ni

con los zares blancos, ni con los zares rojos, ni con la forma con que rigen ahora, dejan ni dejarán de ser imperialistas. Es cierto que es un sistema mucho más blando y benévolo que el que tuvieron hasta hace bien poco, pero el meollo siempre es el mismo: mano de acero y guante de terciopelo, y una buena escoba para barrer a su acera todo cuanto puedan. Bien pudiera haber sido provocada la epidemia desde allí, por medio de algún agente transmisor; las visitas de cortesía entre base y base son frecuentes y un tubito de cultivos se deja en cualquier rincón. Ello basta para provocar la epidemia. Bien — terminó el coronel—, ¿necesita usted algún auxiliar?

Medité unos segundos. Al fin contesté:

—Creo que con el joven Pitt, el cual está de momento sin trabajo, y un conductor de «disco» tendré más que suficiente. Con rifles, claro está. Hay que ser previsor.

—Los tendrá, Jordán. Ahora mismo iré a prepararlo todo.

Liza y yo nos quedamos solos. Sus largas manos me cogieron por la camisa, en tanto que sus ojos se clavaban hondamente en los míos

—Cuídate mucho, Rick —me dijo con voz ronca—; no me lo perdonaría si te ocurriera algo.

—No seas tontina — repuse —; ya sabes que soy perro viejo.

—Son los que más pulgas tienen — contestó.

—Pero son los que mejor se las sacuden. La práctica...

Sentí unos deseos locos de aplastar aquellos jugosos labios, de un vívido color escarlata, con los míos. Y estoy seguro de que Liza no habría opuesto la menor resistencia. Me di cuenta de que su esbelto seno subía y bajaba a impulsos de una agitada respiración y que sus ojos brillaban sospechosamente.

Me dejé vencer, pero en el momento en que ya nuestros labios se tocaban entró Jimmy.

—¡Señor Jordán, señor Jordán...! —chilló alborozado, y yo le maldije en abundancia pero por dentro. Me había chafado la papeleta.

CAPÍTULO VI

Es curioso que, mientras que los demás se hayan colocado en regiones lunares que, poco o mucho, les recuerdan, cuando menos por sus nombres, algo de sus respectivas patrias terrestres, nosotros y los rusos hayamos ido a caer en sitios que, aparentemente, no tienen nada que ver con nuestras naciones. Así, pues, los españoles habían edificado su Madrid Segundo en el centro de las Montañas de Tenerife, al N. del Mar de las Lluvias; los suizos— ¡cómo no! — se habían instalado en el Montblanc, de 3.617 metros, dominando los Alpes lunares; los franceses tenían sus cúpulas en las estribaciones agrietadas del circo La Condamine, en tanto que los griegos —¡pura lógica, Señor!— vivían en Platón. Los belgas estaban en Langrenus, al borde del SO del Mar de la Fecundidad, y los italianos, en Fra Mauro, muy cerca del Mar de las Nubes.

Solamente a nosotros se nos había ocurrido «pescar» el circo de Aristóteles, en tanto que los rusos se habían ido al extremo S. del Golfo del Centro, a un cráter llamado Triesnecker, de 22 kilómetros de diámetro, muy cerca del cual hay una serie de enormes grietas, que ridiculizan por completo el Gran Cañón, pero de las cuales tendré ocasión de hablar un poco más adelante.

Así, pues, una vez todo listo, embarqué en el «platillo» que me dejara el coronel Stapleton, conducido por el sargento Bates, llevándome como auxiliar al bueno de Jimmy, quien no cabía en el de contento por vérselas en un viaje que él juzgaba tan emocionante y del cual esperaba tantas y tantas cosas, con las cuales tendría, a su regreso al planeta, para hablar durante un mes al menos. Como armamento llevábamos rifles corrientes, los cuales solamente se diferenciaban de los terrestres en la exagerada longitud del disparador y el guardamonte, debido al grosor de los guantes del traje espacial; con un gatillo normal no podríamos haber manejado el arma, cuya garganta era asimismo muy estrecha. Por lo demás, su funcionamiento y munición eran los reglamentarios en el Ejército. Pero sólo los sacaríamos del platillo en caso necesario; ir de visita con ellos habría delatado unas intenciones quizá si no muy belicosas, si de desconfianza hacía nuestros visitados, y ello no nos convenía en modo alguno.

Emprendimos el vuelo al instante. Los chorros de fuego empujaron al disco hacia arriba y una vez hubo ganado la altura suficiente, tomó un rumbo casi totalmente hacia el Sur. Aristóteles se fue esfumando a

nuestras espaldas y muy pronto alcanzamos la vasta llanura del Mar de la Serenidad. Los Apeninos, con sus cimas de 7.000 metros quedaban al Este Y poco a poco fuéronse perdiendo en la rápida curvatura del satélite, a lo que contribuyó no poco la rápida marcha de nuestro vehículo que, alcanzando sin dificultad alguna los tres mil kilómetros a la hora, nos llevó, en un lapso de tiempo increíblemente corto, a nuestro punto de destino.

Desde mil metros de altura, con la marcha reducida al mínimo, sobrevolamos en pequeños círculos Triesnecker. El sol ya había iniciado la curva descendente de su día lunar, equivalente a los catorce terrícolas, y las sombras destacaban claramente los menores detalles. A unos diez kilómetros al O. del cráter se veía el impresionaste conjunto de grietas, que se perdían a lo largo de 1.600 kilómetros, atravesando, sin parecer importarles mucho, cráteres, circos, mares y montañas, con una anchura máxima de kilómetro y medio. Su fondo era invisible, tanta era la distancia que le separaba de la superficie del Golfo del Centro.

Por pura cortesía, Bates pidió permiso para aterrizar, y una vez que nos fue concedido, el disco tomó tierra en el lado Oeste, donde el terreno era más llano. El Sol impactaba duramente contra las hemisféricas cúpulas de la base rusa, haciéndolas brillar como un rutilante conjunto de gigantescas perlas de nueva especie.

Equipados con los trajes de vacío, Jimmy y yo echamos a andar, en tanto que Bates se quedaba al cuidado del aparato. Mis noventa kilos, con el sexto de gravedad lunar, se habían reducido a quince, pero la fuerza muscular seguía siendo la misma, de modo que en cuatro saltos bien medidos, alcanzamos la entrada de la primera cúpula, a través de cuya esclusa transparente vimos ya a un par de hombres que nos esperaban.

No perdí el tiempo en rodeos; reclamé ver inmediatamente al jefe de la base, y un teniente nos condujo hasta el despacho del general Kimétana.

Me quedé boquiabierto apenas lo vi. Yo soy alto, pero Kimétana me pasaba al menos en diez centímetros. Y no era viejo, apenas cuarenta años, pero fuerte, de una colosal fuerza física, que no oscurecía la poderosa inteligencia que se le veía en sus negras pupilas, centelleantes como las de un zorro. Tenía el cráneo totalmente afeitado y sus rasgos eran los característicos de quien tiene en su sangre vestigios de la mongola. Mí mano quedó escondida al momento bajo su zarpa cuando me la estrechó.

Un criado entró con una botella y tres vasos. El «vodka» me da náuseas, pero no tuve otro remedio que probarlo y, después de los primeros escarceos, me lancé a fondo.

—No sabemos nada de lo que nos cuenta, señor Jordán — me contestó Kimétana en un inglés correctísimo, incluso melifluo —. A no ser, naturalmente, la versión que de lo ocurrido, nos dio Svilov.

—Puede estarme agradecido —refunfuñé—; mis precauciones le salvaron la vida. A estas horas podría estar envuelto en plata.

—Pero le resultó intolerable el tiempo de cuarentena que se le impuso — me contestó al momento el ruso —. Fue una arbitrariedad para la que no hallo palabras con qué justificarla.

—También hube de soportarla yo, general. Y todos cuantos vinimos en el «Bonita Lola».

—De todas formas, debió habérseme consultado.

Estoy redactando la oportuna protesta para que el gobierno de mi nación la presente ante el de la suya, señor Jordán.

Me amosqué, como no podía menos de ocurrirme.

—Harto sabe usted, general— repliqué —, que todo viajero de una astronave se halla sujeto a las leyes de la nación a que pertenece el vehículo espacial que lo transporta. No tiene, pues, motivo de queja alguna. Supóngase que el señor Svilov se hubiera contagiado de la peste de plata; ahora esta base no sería más que un cementerio de hombres espejo, en lugar de continuar funcionando con plena normalidad.

—Es una cosa que todavía hay que discutir, señor Jordán. Por si no me entendió, se lo repetiré: aquí no se ha dado ningún caso de esa misteriosa enfermedad, la cual, a decir verdad, me parece cosa de fábula o de cuento para asustar a los niños.

—Lo que —dije tranquilamente —, me indica que usted no ha visto al señor Svilov. Éste es el mejor testigo de cuanto estoy diciendo.

Kimétana frunció el ceño.

—Si; he estado con Svilov y me contó todo lo ocurrido. No obstante, permítame que me reserve mí opinión, señor Jordán. Lo que haya de ocurrir de ahora en adelante, es cosa de nuestros respectivos

gobiernos. Usted podrá estar aquí en misión oficial enviado por su país, pero no por el mío; entiéndalo bien.

—No hace falta que me lo jure, general. Veo que ha sido perder el tiempo venir a verle a usted.

De pronto, el ruso se echó á reír.

—No se lo tome tan a pecho, señor Jordán. Los asuntos oficiales son una cosa y la hospitalidad es otra. Mejor sería que continuáramos intercambiando nuestros puntos de vista en tanto que comemos, ¿no le parece?

A la fuerza hube de poner el gesto amable. Asentí, y entonces entró un oficial que, con muy poca educación, cuchicheó algo al oído de Kimétana. El general afirmó y luego, mirándome, dijo:

—Espero sepan dispensarme unos momentos, señores, Vuelvo al instante.

Jimmy y yo nos quedamos solos y entonces mi vista reparó en unos documentos que había sobre la mesa del general.

—Vigile, Jimmy—dije, y me lancé a hurgar entre los papelotes. Y apenas lo había hecho, cuando un escalofrío recorrió toda mi espalda, al leer un nombre en uno de los documentos.

Debí palidecer, puesto que Jimmy me lo notó.

—¿Le ocurre algo, señor?

Aquello pareció sacarme de la estupefacción en que me había sumido el inesperado documento. Me lo guardé tan lindamente y luego me senté en la silla, haciendo señas al teniente para que me imitara. Treinta segundos más tarde entraba Kimétana en el despacho, excusándose por el abandono en que se había visto obligado a dejarnos. Y dos horas más tarde, Jimmy y yo dormíamos tan ricamente la mona que habíamos pescado en la comida, la cual fue, según el estilo ruso, pantagruélica, abundando tanto las bebidas como los manjares, entre los cuales no faltó el inevitable caviar.

Nos despertamos diez horas más tarde, con un espantoso sabor de boca y la cabeza como un bombo. Miré a Jimmy y éste me correspondió, abrumado por lo que él consideraba una falta irreparable.

—Ea, muchacho —le dije —, no hay que tomárselo tan a pecho. Todo se puede compaginar: el deber y la diversión y, por otra parte, yo soy tu jefe. De modo que nadie te dirá una sola palabra. Y de Bates me encargo yo también, aunque juraría que su actitud no se habrá diferenciado mucho de la nuestra.

Puesto que allí no teníamos nada que hacer, y tras de disculparnos con el general, no sin haber desayunado antes, nos dirigimos hacia el disco en el cual suponíamos que nos estaba aguardando el sufrido Bates. Pero nos llevamos un chasco.

—¡Caramba! ¿Estará todavía ahí dentro, señor Jordán? — preguntó Jimmy cuando nos cercioramos de que Bates había desaparecido.

—No lo creo; Kimétana nos aseguró que el sargento nos había precedido ya hacía bastante rato. De todas formas, la ausencia de Bates no deja de extrañarme.

Súbitamente, el índice de Jimmy se extendió a lo lejos.

—¡Mire, señor Jordán! ¿Qué es aquello? Entrecerré los ojos. Una chispita brillante, como de una gema que fulgurara cegadoramente en pleno día, se divisaba al extremo de la llanura, en dirección a las enormes grietas.

—Traiga unos gemelos, Jimmy — y el joven obedeció. Me los eché a la cara y apenas los había graduado, cuando solté una exclamación.

—¿Es él, señor?

—Veo — repuse — la silueta de un hombre de pie a lo lejos. El color naranja de su traje es inconfundible, Jimmy. ¿Qué diablos hará ese estúpido allí?

—Probablemente examinar el panorama de las ranuras, señor Jordán — alegó el teniente.

—Pues podía haberlo visto desde el aparato mascullé —. Vamos allá; Usted conducirá el disco.

La distancia a recorrer era muy pequeña y en cinco minutos tocábamos tierra a unos pocos metros del hombre que, como yo había supuesto acertadamente, era Bates. Me extrañó, no obstante, su continua inmovilidad y el hecho de que no se hubiera vuelto para mirarnos al percatarse de nuestra próxima llegada.

—Le ocurre algo — refunfuñé, de mal talante, precipitándome fuera de la navecilla. Como no nos habíamos despojado de las escafandras la pérdida de tiempo fue mínima. .

—¡Bates, Bates! —le llamé a gritos, por medio del transmisor, al mismo tiempo que me acercaba a él en dos grandes saltos. Pero el sargento continuó inmóvil.

Dándole la vuelta, le miré a los ojos, sacudiéndole fuertemente. No me contestó tampoco, y empecé a amoscarme.

—¿Estará... ? — comencé a decir, pero entonces fue cuando J.immy chilló:

—¡Señor Jordán, fíjese en esto!

El temblorosa índice del muchacho señalaba hacia cierto lugar de la escafandra, en el cual se veía un negro orificio de un centímetro de diámetro aproximadamente. Me estremecí.

Pero mi estremecimiento no se debía a que estuviera contemplando el cadáver del buen sargento, todavía en pie, sino a otro hecho, derivado de su misma muerte, horriblemente morboso, sin embargo.

¡Mirando por el orificio de entrada se veía la luz del lado opuesto!

Tan rapidísimo había sido el proyectil que matara a Bates que había dejado un pequeño túnel en el cráneo, a través del cual pasaban los rayos visuales tan limpiamente. Podía ver, incluso, el borde de la grieta más próxima, a menos de veinte metros de distancia.

—Ha debido ser un meteorito, señor Jordán —sugirió Jimmy, y entonces le miré.

—¿Qué le han hecho estudiar a usted, en sus cursos de Astronáutica, acerca de tales cuerpos celestes, Jimmy?

Bajo su escafandra el jovenzuelo enrojeció.

—Para la superficie de la Tierra, señor Jordán, se calculan unos veintiocho mil por día de la magnitud menos tres; su peso sería unos cuatro gramos y su diámetro de un centímetro y tres milímetros aproximadamente.

—Muy bien, Jimmy. Como el que hirió al desgraciado Bates, ¿verdad? Hay que tener en cuenta que la superficie lunar es unas catorce veces

menos que la de la Tierra, ¿no? Por lo tanto, la cantidad de meteoritos de tal magnitud se reduciría igualmente en la misma proporción, Jimmy.

—Así es, señor.

—Perfectamente. Ahora hay que tener en cuenta la velocidad con que el meteorito cae sobre el satélite.

—Dos mil kilómetros trescientos cuarenta metros por segundo, señor — contestó el muchacho— como si se hallara en clase y yo fuera su profesor.

—Exactamente, Jimmy. Por lo tanto, muy bien Bates se encontró en la trayectoria de un meteorito y falleció sin darse cuenta de que se moría. Ya ve que todavía continúa en pie. Pero, ¿cómo caen los meteoritos sobre la superficie del satélite?

Vi parpadear los ajas de Jimmy. —Verticalmente, supongo, después de haber abandonado una trayectoria parabólica. Como no hay atmósfera que les modifique el camino...

—Nada más acertado que sus palabras, muchacho. Pero, si el meteorito cayó verticalmente, ¿cómo es que, a juzgar por la trayectoria que siguió en el cráneo de Bates, entró en la Luna casi horizontalmente?

Me eché a un lado para que Jimmy examinara mejor los orificios de entrada y salida. Luego me miró, terriblemente desconcertado.

—¿Supone usted que... ?

Arrugué la frente.

—Supongo que alguien, lisa y llanamente, le pegó un tiro, quizá desde la misma base rusa. Un buen rifle, un potente teleobjetivo, y el aprovecharse del sexto de gravedad lunar, para que la bala alcance seis veces más que en la Tierra. No obstante, tuvo que ser un tirador formidable, para hacerla de tan lejos.

—Quizá se le acercó sin que él se diera cuenta.

—O también le disparó a bocajarro, Jimmy. Es otra hipótesis que hay que tener en cuenta.

—Pudiera ser, señor. Bates vino aquí, acompañado de algún ruso, en

tanto que nosotros dormíamos la... ¡ejem!, perdón, señor. Bueno, el caso es que luego de haber examinado las cortaduras, o antes, le mataron.

—La hipótesis del meteorito es, desde luego, descabellada. Corresponden solamente dos mil diarios de magnitud menos tres a una superficie de casi treinta y ocho millones de kilómetros cuadrados. Una proporción realmente insignificante. Quizá, si la Luna estuviera tan habitada como la Tierra, la cosa podría pasar, pero ahora no; no cuela. Le mataron de un tiro y nada más.

—¿Y por qué, señor? — me preguntó, muy deprimido, el joven. .

Me encogí de hombros.

—Busque los motivos y tendrá al asesino, Jimmy.

Este es el axioma fundamental de todo policía ante un crimen. Y, en este momento, nosotros lo estamos siendo.

Mi acompañante se llevó la mano a la cabeza, pero se quedó muy sorprendido al darse cuenta de que no podía rascársela, por impedírselo la escafandra. En vista de ello, me preguntó:

—¿Y qué vino a hacer aquí el sargento? ¿Le parece que vayamos al borde de la gruta a ver si vemos algo?

—Buena idea, Jimmy — aprobé, y en dos saltos llegamos allí

Nos asomamos al borde y miramos hacia abajo. En lo que a mi concierne, me impresionó bastante, dicha sea la verdad. El borde opuesto se encontraba a casi dos kilómetros de distancia, formando un abismo imposible de salvar. A mil pies, el suelo se hundía verticalmente, formando una sima sin fondo, y digo sin fondo, porque aun cuando el Sol batía de lleno aquel lugar, sus rayos no lograban penetrar hasta lo más recóndito de aquel gigantesco precipicio, cuya profundidad no se podía calcular. ¿Quince? ¿Dieciséis kilómetros? A los cuatro o cinco mil metros la luz se iba esfumando gradualmente y ocho mil más abajo reinaba la absoluta oscuridad de una noche eterna, una noche que ni los rayos del Sol en su cenit, en el mediodía lunar, habían conseguido disipar jamás desde que aquellas fenomenales hendiduras se formaran cientos de siglos atrás.

El paredón de la grieta caía a plomo, sin apenas salientes, y las arrugas que formaba lo eran en sentido vertical, no horizontal, de modo que allí, por lo menos en un par de kilómetros de distancia, no

había asidero alguno para una posible caída.

Volví a estremecerme pensando en lo espantoso de tal caída, y entonces fue, cuando de improviso, .sentí un fuerte empujón.

No lo pude remediar: me precipité en el vacío, y nunca mejor aplicada la palabra.

CAPÍTULO VII

Es curioso: cuando a uno le ocurre una cosa como la que me estaba pasando a mí, la cabeza se le llena de mil y mil pensamientos, todos los cuales corren frenéticamente, en vertiginosa galopada, como sí se tratara de impacientes caballos ansiosos de llegar al término de su carrera. Yo fui precipitado en el vacío y empecé a caer. Al mismo tiempo, mis pensamientos empezaron a galopar.

Naturalmente, la caída no era tan veloz como en la Tierra; eso se da ya por descontado. Bajaba hacia el fondo de la grieta, con una velocidad seis; veces menor de lo que habría descendido de hallarme en nuestro planeta, pero no por ello dejaba de encaminarme en derechura hacía un lugar cuyo término no había podido divisar. ¿Qué distancia había del fondo a la superficie? ¿Quince? ¿Dieciséis kilómetros?

Me daba lo mismo. Suponiendo que cayera solamente por un abismo de cien metros de altura, el golpe que recibiría al llegar abajo sería exactamente el mismo que el producido en nuestro planeta al caer desde unos dieciséis metros; lo cual no deja de constituir una altura respetable, causante con toda seguridad de la muerte de la persona que se cayera desde la distancia mencionada. Haciendo, pues, los oportunos cálculos, venia a saber que tardaría más, pero que mi fin estaba ya irremediablemente escrito. Únicamente poseía la «ventaja» de que así tendría más tiempo para pensar.

Di un par de vueltas y durante unos segundos quedé cara arriba. Los muros del cañón se elevaban continuamente, estrechándose la abertura, por la cual se veían las estrellas, contemplándose muy quietas, sin el habitual guiño burlón que tienen a través de la atmósfera terrestre. Parecían millones de ojos de ídolos que me

miraran extáticos, con cara de «ya te lo dije yo», pero sin que por ello me echaran una mano.

Volví a girar de nuevo sobre mí mismo. Al recibir el fortísimo empujón, había salido proyectado hacia adelante en primer lugar y luego, al descender, mi cuerpo empezó a describir una trayectoria curva, de gran amplitud, la cual inexorablemente se transformaría dentro de muy poco en una perfecta línea vertical. No obstante, de momento, aquella manera de caer me alejaba más y más de las paredes del colosal desfiladero, empujándome hacia el centro,

Empecé a recordar mis oraciones, Una fría resignación se apoderó de todo mi espíritu. La carrera más o menos gloriosa, según del lado de donde se mire, del coronel Frederik Jordán, alias Rick, el «Largo», alias el «Sabueso», estaba dando sus últimas boqueadas. Los bordes de la grieta se estrechaban cada vez con mayor rapidez, al mismo tiempo que las paredes ascendían velocísimamente, como si yo fuera el que se estuviese quieto y ellas se movieran ganando marcha a cada segundo que transcurría.

Para distraer mi ánimo de la horrible muerte que me esperaba, y tras haber rezado una corta oración, empecé a hacer cálculos mentales. Si en la Tierra, un cuerpo cayendo libremente, recorre 4'50 metros en el primer segundo de su caída, en la Luna, teniendo en cuenta ese dichoso sexto de gravedad...

De pronto, mis pensamientos quedaron cortados por algo que se apareció ante mis pupilas de un modo fugaz, Tan rápida fue la visión que, de no haber tenido ante mis ojos el grueso vidrio de la escafandra me los habría frotado instintivamente. Aquello no podía ser.

¡Y, sin embargo, era!

Un trazo de luz anaranjada cruzó el firmamento desapareciendo de mi campo visual cuando de nuevo mi cuerpo dio otra voltereta en aquella interminable caída. Pero, cuando apelando a todas mis energías, haciendo una suprema contorsión, logré equilibrarme un poco, vi que no me había engañado.

El trazo de luz se encaminó directamente hacia mi, y nunca mejor aplicado el calificativo de centella. Descendió como una flecha, metiéndose sin vacilar en la oscuridad del cañón, cayendo casi a plomo, pero, no obstante, acercándoseme a cada momento.

El corazón me comenzó a latir violentamente; no tengo el menor rubor en confesarlo. Aquel chorro de llamas aumentó de tamaño

rapidísimamente. Pero las paredes continuaban subiendo con mayor velocidad a cada momento.

En poquísimos segundos divisé claramente, con las naturales alternativas de mi irregular caída, el origen del trazo luminoso. Un disco volador se me aproximaba y su piloto lo gobernaba de una manera tan audaz como suicida. En cualquier momento corría el riesgo de estrellarse, si no contra el fondo, si contra alguna de las paredes laterales de la grieta, cuyos accidentes no se podían distinguir.

El disco se precipitó como una tromba hacia abajo, ganándome terreno e, incluso, descendiendo a un nivel inferior al mío. Pensé que los nervios del piloto que lo manejaban debían ser formidables. En cuanto a mi, no habría sido capaz de una maniobra tan arriesgada.

El artefacto se colocó inmediatamente debajo de mí, y redujo levísimamente su marcha. Así, pues, el contacto de mi cuerpo contra su superficie no tuvo nada de doloroso, aunque tampoco de agradable. Di una vuelta sobre mí mismo y pronto conseguí hallar un asidero en uno de los ganchos que todo artefacto de esta índole lleva en su periferia y que sirven para muchas cosas, entre las cuales la posibilidad de un remolque no es la menos importante.

El disco comenzó a reducir la velocidad de su caída, produciéndome un desagradable aumento de peso. Sin embargo, yo estaba sólidamente agarrada al gancho y desde dentro debían estar observándome, puesto que en un espacio de tiempo relativamente corto, el vehículo se quedó totalmente suspendido en el negro vacío que nos circundaba.

Una escotilla de forma oval se abrió al instante y una persona, naturalmente equipada con traje espacial, se asomó por ella. Alargó su mano, que así y en un santiamén estuve ya, en completa seguridad, en el interior de la cabina.

En aquel momento me ocurrió algo de lo cual no me avergüenzo en relatar. Hay que tener en cuenta que uno es de carne y hueso y que, cuando se ha estado cayendo durante un espacio de tiempo imposible de medir, a lo largo de kilómetros y más kilómetros, cuando se está esperando de un momento a otro el convertirse en una tortilla, encontrarse a salvo y en seguridad, con el pellejo intacto, es algo que ni el más templado es capaz de soportar. Me desmayé.

Cuando desperté, lo hice tosiendo violentamente.

Algo parecido a un chorro de fuego había atravesado mi garganta. Los

ojos se me llenaron de lágrimas, pero cuando vi una mano que me acercaba de nuevo un frasquito con coñac, no hice ascos; al contrario: me aticé una dosis capaz de tumbar a un elefante.

Algo ya más calmado, pero sintiendo la ropa interior que llevaba bajo el traje de vacío totalmente empapada en sudor, conseguí que mis pupilas enfocaran correctamente el interior de la cabina del disco y por ende, los rostros de las dos personas que había allí.

Respingué. Y en verdad que tenía mis motivos para ello.

— ¡Hola, Rick! — me dijeron.

—¡Aldie! ¿Usted...?

La española se echó a reír.

——Sí, yo; la misma. No irá a pensar que está viendo mi fantasma, ¿verdad?

No sin algún trabajo conseguí incorporarme. Sentí en mi boca un perentorio deseo y pareció como si la mente de Aldie estuviera conectada con la mía. Me colocó un cigarrillo entre los labios y luego acercó una cerilla.

Entre dos voluptuosas bocanadas de humo, le contesté:

—Desde luego, si usted es un fantasma, es el más apetitoso que he visto en mi vida. Pero, ¿cómo mil diablos…?

La cabeza de la muchacha señaló levemente hacia uno de sus costados.

—Las gracias, al capitán Batlle, Rick. Él fue la persona que tan magistralmente pilotó el disco hasta conseguir salvarle. Dan — se dirigió hacia su compatriota —, este es el sabueso apodado Rick Jordán. Puedes llamarle Rick a secas, no se ofenderá.

—Ni aunque me llame a silbidos, tampoco, capitán; le concedo el derecho a hacerlo en tanto que vivamos.

—Gracias, Rick — sonrió el español, atento a la conducción del artefacto —. Pero dígame Dan a secas; me encuentro más a gusto. Ah, y reparta un poco de su agradecimiento con Aldie; ella casi fue la que me guió hasta usted.

Miré a la muchacha y vi que enrojecía levemente, lo cual la hizo

ponerse doblemente hermosa. —Dan es un bromista — dijo débilmente.

Me puse en pie. Noté que ya me sostenían las piernas.

—Dan, no puedo hacerlo con usted, pero si con Aldie — y disparé mis brazos, atrayéndola hacia mí y besándola fuertemente. Cuando nos separamos; Aldie se había quedado sin respiración.

Daniel Batlle se echó a reír.

—Me está dando envidia el no ser yo el salvado, Rick. Y. a propósito, ¿qué le indujo a hacer el salto del ángel?

Fruncí el entrecejo. La pregunta del capitán acababa de traerme a la realidad. Me senté a su lado y en el rectángulo del televisor contemplé cómo la grieta se iba ensanchando paulatinamente.

—Me indujeron a ello... contra mi voluntad, naturalmente. Todavía no tengo vocación de suicida.

Ahora palideció Aldie. Juntó sus dos manos. Apreté los dientes.

—Oh. Rick, ¿quiere decir que le empujaron? ¿Y quién fue?

—Si se lo digo no se lo va a creer, Aldie. Ni yo tampoco me lo creería de no haber sido arrojado al precipicio de una manera ignominiosa.

—Nosotros estábamos observando las grietas cuando vimos a dos personas al borde de una de ellas. Uno de los dos empujó al otro, antes de que tuviéramos ocasión de conectar el mando de aproximación telescópica del televisor por lo que no tuvimos tiempo de identificarlos. Y luego, usted caía tan rápidamente, dando tantas y tantas volteretas que no nos daba tiempo a leer su número, Rick. Por otra parte, ya puede darse una idea de lo ocupados que estábamos manejando el disco, con objeto de ganarle terreno — me explicó Aldie, toda ruborosa y confundida.

—Pues en el momento en que pesque al tipo que me confundió con la carnada para los peces, ya puede irse despidiendo del pellejo; se lo arrancaré a tiras.

—¿Y quién era, Rick? — insistió Aldie nuevamente.

—Jimmy Pitt — declaré, ceñudo.

—¿Jimmy Pitt? — exclamó atónita y horrorizada, la joven —. ¿Aquel

muchacho tan atento y servicial, con la cara de un ángel?

—Si; la cara de Lucifer antes de su caída. El mismo, Aldie, el mismo — mascullé, pisoteando el cigarrillo contra el suelo. En aquel momento surgimos a pleno sol y me precipité hacia el televisor, manejándolo en todos los sentidos.

Del disco que me había llevado hasta allí no había el menor rastro; se había esfumado como si jamás hubiera existido. Y a no ser por la presencia mía allí, en un lugar en donde estaban Aldie y su compatriota, podría haber jurado que todo había sido el producto de una pesadilla. Pero no: estaba cuerdo y vivo, y esto último de milagro.

—No lo acabo de comprender — musitó Aldie, terriblemente desconcertada.

—Eres muy joven, muchacha, muy joven — dijo Dan sentenciosamente —; Es hora de que vayas aprendiendo que el alma humana suele tener muchos rincones negros.

—Usted lo ha dicho, Dan — corroboré —Yo tampoco habría sospechado del muchacho — y a continuación les conté todo lo ocurrido desde que llegáramos a Triesnecker, ocultándoles, no obstante, lo del papel que había recogido sobre la mesa de Kimétana, y terminé así—: Estoy seguro de que fue él mismo quien mató al infeliz Bates, dejándolo al borde de la grieta para atraerme a una trampa. Nada más fácil que justificarse luego diciendo que si el vértigo, que si esto, que si el «vodka» me duraba aún... Lo raro es que no sospechase de él en cuanto vi que el agujero en la cabeza de Bates no podía haber sido causado por un meteorito. Uno tiene a los rusos siempre metidos entre ceja y ceja...

—¿Y por qué no habrían podido ser ellos? — me objetó Aldie, con bastante sensatez —. En mi país hay un dicho acerca de tirar la piedra y esconder la mano; ellos deben ser bastante prácticos en tales menesteres.

—¿Quiere decir que ellos fueron quienes empezaron con el asunto de la peste de plata? — inquirí. — ¿Para qué? ¿Para quedarse con todo el satélite?

—Pudiera ser, Rick — afirmó Batlle.

—¡Este globo de barro seco no vale lo que un periódico viejo! No hay diamantes; los metales preciosos que existen, aun hallándose en cierta abundancia, son caros de extraer a causa del coste prohibitivo,

primero de la maquinaria necesaria para su obtención y luego su transporte a la Tierra. Todas las bases que hay aquí tienen un interés puramente científico. Quizá más adelante, cuando se hayan generalizado un poco las viajes espaciales, el turismo selenita deje algo de valor, pero aun así no seria una compensación suficiente, Dan.

—¿Y qué le parece una base para atacar a la Tierra? Si ellos se quedaran solos… — murmuró Aldie.

—Para entonces se les habría visto demasiado el plumero —contestó —. Y también desde la Tierra se pueden enviar proyectiles con carga termonuclear. Sería un arma de dos filos.

—Lo cierto es —continuó la joven —, que en Triesnecker no se ha dado ni un solo caso de peste de plata. ¿No es significativo?

—Eso lo dicen ellos —refunfuñé—. Cualquier otra base de otra nación que hubiera sufrido los efectos de tal contingencia lo habría participado inmediatamente. Ellos no; si padecieron la enfermedad, se lo han callado.

Batlle se echó a reír.

—¿Sugiere usted, Rick, la existencia de un segundo «telón de acero» en la Luna?

—Lo que ocurre —; repuse malhumorado —, es que ya ha habido una porción de fallecimientos, sin contar mi vicemuerte. Y que hay una extensa red a quien no le interesa se descubra el origen de la enfermedad, es seguro. Aldie misma puede confirmar mis palabras; ha sido testigo presencial de algunos hechos que no dejan el menor resquicio a la duda.

—En eso no hay la menor duda, Rick — contestó pensativa mente la muchacha y de repente me quedé mirándola fijamente.

—¿Qué le pasa? — me preguntó.

—Oiga, ¿qué hacían ustedes por aquí? Bendigo la casualidad que los puso en el camino de mi caída, pero… no es natural. ¿Qué es lo que motivó la tal casualidad?

Antes de contestar, Aldie y Dan se miraron. El capitán dijo al fin:

—Quise enseñar a Aldie algunas de las peculiaridades del satélite más interesantes. Las grietas…

—¡Tonterías! El turismo está muy restringido en la Luna; aquí se viene a trabajar.

—Después de lo que Aldie pasó, nuestro jefe no creyó oportuno engancharla al arado tan pronto. Pensó que un poco...

—Un poco de aire fresco, ¿verdad? —interrumpí con sorna—. Amigo Dan, esa no cuela. Busque otra excusa más convincente; miente usted muy mal.

El capitán no se ofendió; por el contrario, en sus todavía jóvenes ojos apareció una chispa de buen humor.

—¿Tendré que decirle que vinimos a Triesnecker porque nos gusta la soledad y que quería declararme a Aldie?

—¡Embustero! — dije muy serio, y Batlle soltó una carcajada.

—Se toma usted su papel de policía muy en serio, amigo — dijo tan fresco.

—Supongo que, después de cuanto me ha pasado, e incluso a Aldie también, no vaya tomar las cosas por el lado risible, Dan —contesté de mala gana, agregando—: Está bien; no conteste a mis preguntas si no quiere. Ustedes ya saben lo que hago yo y lo que he podido averiguar. Pero ya he pasado hace algunos años de la edad de la lactancia; por lo tanto, creo que, si uniéramos todos nuestros esfuerzos...

En aquel momento sonó una chicharra en el interior del aparato. Dan se volvió hacia el panel de mandos y oprimió un botón.

Treinta segundos más tarde sacaba una larga tira de papel metálico del transmisor. Se la pasó a la joven.

—Póngala en la descifradora, Aldie; viene en clave.

La española obedeció y, al cabo de, otro medio minuto, extrajo de la máquina otra tira de papel similar, que entregó al capitán. Éste leyó el contenido y a medida que lo iba haciendo, me iba enterando de que no era nada grato, a juzgar por las sombras que invadían rápidamente su rostro.

La alzó mirándonos alternativamente a Aldie y a mí.

— ¡Hay — dijo dramáticamente — dos casos de peste de plata en Madrid Segundo!

Una pausa de silencio se extendió al instante en la cabina. La rompí:

—¡Vamos allá inmediatamente! —exclamé—. Tengo carta libre para obrar y me será muy interesante una información de lo ocurrido.

—Perfectamente, Rick — dijo Dan aplicándose a la conducción del disco.

El aparato ganó altura, al mismo tiempo que velocidad, con objeto de franquear la parte N. de los Apeninos, cosa que ocurrió al poco rato, dejándonos ver la relativa llanura del Mar de las Lluvias. Arquímedes, Autólico y Aristilo quedaron muy pronto atrás, bajo nosotros, al mismo tiempo que comenzábamos a ver ya los primeros contrafuertes del circo de Platón, ante el cual se extendían los puntiagudos picachos de los Montes de Tenerife.

Pero antes, aislado, solo, erguido en la gris planicie, se hallaba el Monte Pico, como Un Everest de nueva especie, iluminada su cima brillantemente por los agudos rayos solares, que llegaban hasta ella sin trabas de ninguna especie, convirtiéndolo en un espectáculo de inenarrable belleza.

Estaba en línea con nuestro punto de destino y Dan se dispuso a franquearlo para luego iniciar la pérdida de nivel. En el mismo momento, de la parte opuesta, surgiendo de alguna de sus anfractuosidades, se nos apareció un disco volador, que se dirigió hacia el nuestro en línea recta.

Solté una exclamación de asombro: — ¡Ese cacharro es el mío!

En el mismo momento, un chispazo de fuego brotó de la protuberancia que era la cabina del platillo.

CAPÍTULO VIII

Existe un conocido refrán que dice: «Que el que da primero, da dos veces.» Naturalmente, tiene su antídoto, y se llama «ríe mejor el que ríe el último»... sí le dan tiempo a reír, claro está. De nosotros puedo decir que en aquellos instantes sentíamos todo menos ganas de soltar el trapo de la risa, y solamente a la espléndida capacidad de reflejos de Batlle debemos el estar todavía con vida. Pero ni Aldie ni yo estábamos sujetos a los asientos y salimos disparados hacia el lado

opuesto a aquel en que el español había iniciado su viraje.

Durante unos segundos dramáticos, la muchacha y yo rodamos como sendas pelotas por el interior de la cabina, recibiendo numerosos golpes. Luego aprovechando un claro en la tormenta, conseguimos ocupar nuestros puestos y aplicar la vista a la pantalla visora.

— ¡Ese fulano quiere convertirnos en papilla! gruñó Batlle con el talante que es lógico suponer.

Los dos discos se habían cruzado en su vertiginosa trayectoria, y el ocupado por Jimmy estaba describiendo un amplio semicírculo para volver a la carga.

—¿Llevan ustedes armas a bordo? — pregunté, y Dan movió la cabeza.

—Solamente rifles, Rick — contestó—. ¿Quién se iba a suponer aquí una guerrita como ésta?

—Pues ese cochino de Pitt lleva un cañoncito a bordo. ¿De dónde lo habrá sacado? ¡Cuidado! — chillé al ver el fogonazo del segundo disparo.

Pero ya el español lo había advertido también y esquivó el disparo, cuyo trazo, profundamente verdoso, pareció dirigirse en línea recta hacia el mismísimo centro de la pantalla visora, desviándose luego en última instancia. El suspiro fue triple y unánime.

—No podemos hacer otra cosa que huir y largarnos a su base, Dan — sugerí, en tanto mi interlocutor hacia desesperadas maniobras para esquivar los furiosos disparos que Pitt nos dirigía sin cesar.

De pronto, un fenomenal estrépito se dejó sentir en el interior de la navecilla. Ésta dio un bandazo horroroso, al mismo tiempo que era arrojada a un lado con terrorífica violencia. Las correas de sujeción nos oprimieron con tal fuerza que pareció nos iban a partir en dos.

—¡Un impacto directo! —gritó Dan, realizando una maniobra por completo antiacadémica que nos aplastó contra el mullido de los sillones, dejándonos sin respiración. Pero así consiguió evitar otro impacto, que muy bien podría haber resultado el definitivo.

—¡No tenemos más que una solución, Dan! —le chillé al oído.

Aldie estaba muy pálida, pero no dio ningún otro signo de temor.

—¿Cuál es, Rick? — Me pregunto Dan sin mirarme siquiera. Sus manos estaban muy ocupadas con los mandos del disco.

Se la dije y meneó la cabeza

—Es muy arriesgado —rezongó.

—Pero no podemos hacer otra cosa, Dan; compréndelo.

—¿Usted cree que ese marrano obrará de la manera que dice?

Después de un ceñido viraje que pareció proyectarme contra el techo de la cabina, hallé las suficientes fuerzas para echarme a reír.

—Ese Pitt es un granuja y hasta que no me empujó al fondo de la grieta, supo timarme con toda desconsideración —afirmé, continuando —: Pero todavía ha de nacer quien pueda ganarme en astucia. Haga lo que le digo...

i Booommm!...

Otra explosión sacudió el aparato de arriba abajo.

Fuera no se habría oído el sonido; en el interior del platillo nos dejó literalmente sordos.

Aquello convenció a Dan.

—Otro como éste y ya pueden ir preparando nuestros compañeros una corona de flores de papel; son las únicas que soportan el vacío lunar —dijo Batlle con amargo sarcasmo, precipitándose hacia tierra con un violento zigzagueo que nos puso los pelos de punta. De todas formas, hay que reconocer su excepcional pericia.

El disco se acercó hacia el suelo con fulmínea rapidez, perseguido por los disparos de Pitt, los cuales provocaban violentas explosiones en la superficie lunar. El Monte Pico levantaba a nuestra izquierda su aguda mole, indiferente a nuestras luchas, proyectando violentas sombras sobre aquel resquebrajado pavimento, contra el que chocó nuestro vehículo con terrible violencia.

El artefacto levantó una espantosa nube de polvo.

Rebotó horrísonamente, saltando varias veces con espeluznantes sonidos de metales resquebrajados y ruidos de instrumentos rotos. Al fin, se arrastró un centenar de metros, dejando tras si un profundo surco en el suelo, y luego se detuvo ante un saliente promontorio

rocoso con no poca oportunidad. Diez metros más allá y nos habríamos estrellado contra aquel farallón sin remedio posible.

Durante unos momentos permanecimos como atontados. Luego yo fui el primero en reaccionar y ayudé a vestirse rápidamente a Aldie, en tanto que Dan hacia lo mismo. Pero nos costó más de lo que habíamos pensado, puesto que todavía estábamos atontados y magullados por el violento aterrizaje, provocado con más realismo del necesario. La primera parte de la trampa había salido bien. Ahora íbamos a dar comienzo a la segunda, cuyo fin no era todavía previsible.

Equipados ya con los trajes de vacío, decidimos obrar. La compuerta se abrió y una figura intentó salir al exterior, pero no pudo sacar más que medio cuerpo. Se abatió súbitamente y, tras algunos estremecimientos, se quedó inmóvil.

Agazapados en el fondo de la cabina, esperamos, con los nervios tensos, expectantes. Dan y yo teníamos sendos rifles apercibidos para la acción y, por la televisión, afortunadamente intacta, apreciábamos las desconcertadas vueltas que el otro disco daba sobre nosotros.

No hablamos ni una sola palabra. Para hacerla tendríamos que haber utilizado las radios y nuestro enemigo podría haber captado las emisiones. El silencio fue, pues, absoluto en el interior del disco.

Al fin, con un suspiro de alivio, vimos que el platillo se disponía a aterrizar muy cerca de nosotros. Extendió sus tres minúsculas patas, terminadas en sendas bolas con el objeto de rodar en todas direcciones, y muy pronto se abrió la escotilla, de la cual salió un hombre en cuyo traje no se veía ningún número.

«¡Cáspita! —pensé—. Ese Jimmy es demasiado precavido; no quiere que le identifiquen. Pero yo te calé, amiguito... »

Pitt continuó acercándose. En la mano llevaba un rifle, apercibido para cualquier posible resistencia que hallara, aunque era una tontería, ya que al abrirse la cabina y vaciarse el aire súbitamente, tendríamos que haber muerto todos. No obstante, sus intenciones eran fáciles de adivinar: comprobar nuestra muerte.

Se acercó muy pronto. Percibimos sus pasos por la plataforma circular que rodeaba la protuberancia de la carlinga. Dan y Aldie, obedeciendo mis indicaciones, estaban tumbados en el suelo.

Pitt se inclinó sobre la escafandra. Volvió el casco para ver el ocupante que había en su interior y al instante, por sus ondas radiales, puesto

que nuestros receptores continuaban funcionando, percibí un rugido do cólera. Acababa de darse cuenta de la trampa.

En aquel momento levanté el rifle. Jimmy lo había dejado al lado con objeto de manejar más fácilmente lo que él había supuesto el cuerpo de un tripulante muerto.

—¡Quieto, Jimmy! ¡No te muevas! —le ordené. Pero no me hizo caso. Soltó un colérico reniego al darse cuenta de que le había engañado y se abalanzó sobre su arma. La empuñó.

No tenía más que una opción, y tuve que tomar partido por ella. La bala que salió de mi rifle le entró a Jimmy directamente por el vidrio de su escafandra que saltó hecho añicos. Ni siquiera se dio cuenta de la violentísima descompresión provocada por el súbito vacío en que se había sumido al quedarse sin aire. El proyectil le atravesó limpiamente el cráneo, saliéndole por la nuca.

Cayó muy lentamente, hacía atrás. Luego rodó con suavidad hasta quedar en el suelo grisáceo, de donde brotó una ligera nubecilla de polvo. Y entonces me enderecé. .

Salí fuera seguido de Aldie y Dan. La muchacha, instintivamente, se había cogido a mi brazo y, aunque estaba asustada, lo disimulaba valientemente.

Eché a un lado la escafandra vacía que nos había servido de cebo. Luego salté al suelo.

Dejando el rifle a un lado, desatornillé el destrozado casco, quitándoselo luego al cadáver. Y entonces el rostro del muerto quedó al descubierto, por mi cuerpo circuló algo muy parecido a una tremenda descarga eléctrica.

¡El muerto no era Jimmy Pitt!

Miré desconcertado a mis dos compañeros.

—No comprendo... — murmuré hecho un lío, y en verdad que había motivos para volverse loco.

El rostro, horriblemente deformado, tanto por el balazo como por los efectos de un súbito vacío y la congelación subsiguiente, era el de Ryan, el camarero del «Bonita Lola».

—Pero... ¿es que todos cuantos venían allí son unos criminales? —

exclamé rabioso.

—Había dos que no lo eran, Rick —me contestó Aldie, ya recobrada, aunque evitando mirar el cadáver.

—Sí; ya lo sé. Vincent y O'Donough. Por eso murieron. Pero Kreeler, Jimmy y este canalla pertenecían a la banda de asesinos que…

—Piet puede pertenecer todavía, Rick —objetó Aldie—. Todavía no tenemos ninguna prueba de que esté muerto.

La miré y repuse:

—Tiene usted razón. Pero ahí no está — y señalé hacia el disco que nos había atacado —. De lo contrario ya habría empezado a disparar contra nosotros.

—¿Y si nos diéramos un paseíto hasta allí, a ver qué es lo que podemos averiguar examinando su interior? —dijo el capitán.

—Una sugerencia muy digna de ser tenida en cuenta, Dan —contesté, echando a andar hacia allí.

El disco enemigo había aterrizado a muy corta distancia del nuestro. Ni siquiera me hizo falta usar la pequeña escalerilla que servía para subir a su plataforma. Impaciente, distendí los músculos de mis piernas y de un solo salto me hallé arriba. Aldie y Dan usaron el camino normal.

Cuando penetramos en el interior de la carlinga, nos dimos cuenta al instante de que estaba absolutamente vacía.

—¡No hay nadie! — exclamé asombrado, aunque sin grandes razones para ello, ya que únicamente me desesperaba el no saber dónde estaba Jimmy en aquellos momentos.

—Bueno, ¿y qué esperaba, Rick? — me dijo Dan—.

Si ese forajido hubiera traído un compañero, no habrían dejado de acercarse juntos a ver qué era lo que había sido de nosotros y, en caso de que todavía viviéramos, rematarnos. El rifle que llevaba delataba fácilmente sus intenciones.

—Pero, entonces, ¿dónde mil diablos está Jimmy? — chillé, furioso.

—¡Aquí, «Sabueso»! —dijo de pronto el interesado, apareciendo como un fantasma en el óvalo de la escotilla. Tenía en la mano un rifle y nos encañonaba enérgicamente —. ¡Tiren las armas! ¡Rápido! — ordenó

duramente.

Dan y yo nos miramos, abatidos y desconsolados. — ¡Perdimos! —dije, obedeciendo.

Jimmy soltó una risotada.

—Usted lo ha dicho, «Sabueso». Perdieron y ahora les toca pagar.

Solté una exclamación de alarma.

—¡Eh! — ¿Qué es eso de que les toca pagar, Jimmy?

—¿Es que todavía no se ha dado cuenta, «Sabueso»? — me contestó fríamente —. ¿Qué ocurre cuando uno pierde en el juego? Y cuando lo que uno se juega es la vida, ¿con qué, si no con ésta, es con lo que paga?

Me enderecé.

—Está bien, Jimmy. He perdido. Pero... ¿dónde rayos te metiste que no te supimos ver?

El joven teniente, a fin de cuentas era joven. En su lugar, yo habría empezado a apretar el gatillo instantáneamente. Hasta ahora, todos los criminales con quienes me enfrenté y me dejaron hablar comprobaron, a sus expensas que cuando terminé la carrera de Leyes y, en lugar de ejercer la abogacía y convertirme en una lumbrera del Foro, pasé a Seguridad, conmigo no había otra opción que disparar sin dejarme abrir el pico. De lo contrario...

Se echó a reír, satisfecho.

—Usted es muy astuto, señor Jordán. No en balde le llaman «Sabueso». Pero yo no soy tonto precisamente. Aunque poco, le conozco lo suficiente para saber que, si pudiera no dejaría de utilizar alguno de sus numerosos trucos.

—¡Ya! Y por eso enviaste a Ryan, ¿verdad?

A través del cristal polarizado podía ver la inmensa alegría que se pintaba en el rostro de aquel granuja.

—¡Naturalmente! ¿O pensó que iría yo?

—Pues, entonces, ¿dónde se metió Ryan que no le supe ver? Hasta ahora mi vista sigue siendo buena, Jimmy.

—Oh, claro que no vino con nosotros a Triesnecker. Pero habíamos convenido en encontrarnos en cierto punto para... Bueno, eso no le importa a usted. El caso es que, después de darle el empujón, me di cuenta do que lo iban a salvar y me largué de allí, no sin esconderme antes para ver el rumbo que tomaban. Adelantarme fue fácil y...

—No sigas, por favor —suspiré—. Oye, pollo, ¿y quién es tu jefe?

—¿Acaso se figura que se lo voy a decir? — farfulló, molesto, Jimmy.

—Hombre, puesto que, al parecer, piensas liquidarme, cuando menos podrías tener la gentileza de decírmelo.

Los ojos de Jimmy chispearon.

—En primer lugar, se va a quedar con las ganas de saberlo, señor Jordán. Y en segundo, cuando hable de liquidar, dígalo en plural.

Le miré horrorizado.

—¡Jimmy! ¡No irás a decir que...! Levantó el rifle.

—¡Naturalmente! ¿Está pensando, quizá, en que vaya matarle, y luego dejar dos testigos vivos para que me delaten en cuanto puedan?

— ¡Jimmy! Mis amigos no intervienen para nada en el juego.

—Eso es lo que usted se cree, «Sabueso». ¿Por qué se cree, si no, que estaban merodeando por los alrededores de Triesnecker? — me contestó con dureza.

Miré a Aldis y Dan. Pero éstos no dijeron ni pío. —Hay muchos intereses — continuó el forajido en medio, y no podemos andarnos con sentimentalismos. De modo que...

—¡Aguarda un momento! — grité, deteniendo el movimiento de su rifle —. Tú me viste coger un papel en la mesa del general Kimétana. ¿Qué has hecho de él?

—Lo tengo yo, naturalmente. Mi borrachera no fue como la suya y me desperté antes.

—Se lo devolverías al ruso, ¿no?

Los labios de Jimmy se curvaron en una mueca de desprecio.

—¡No diga tonterías! Kimétana no tiene que ver nada con esto. El

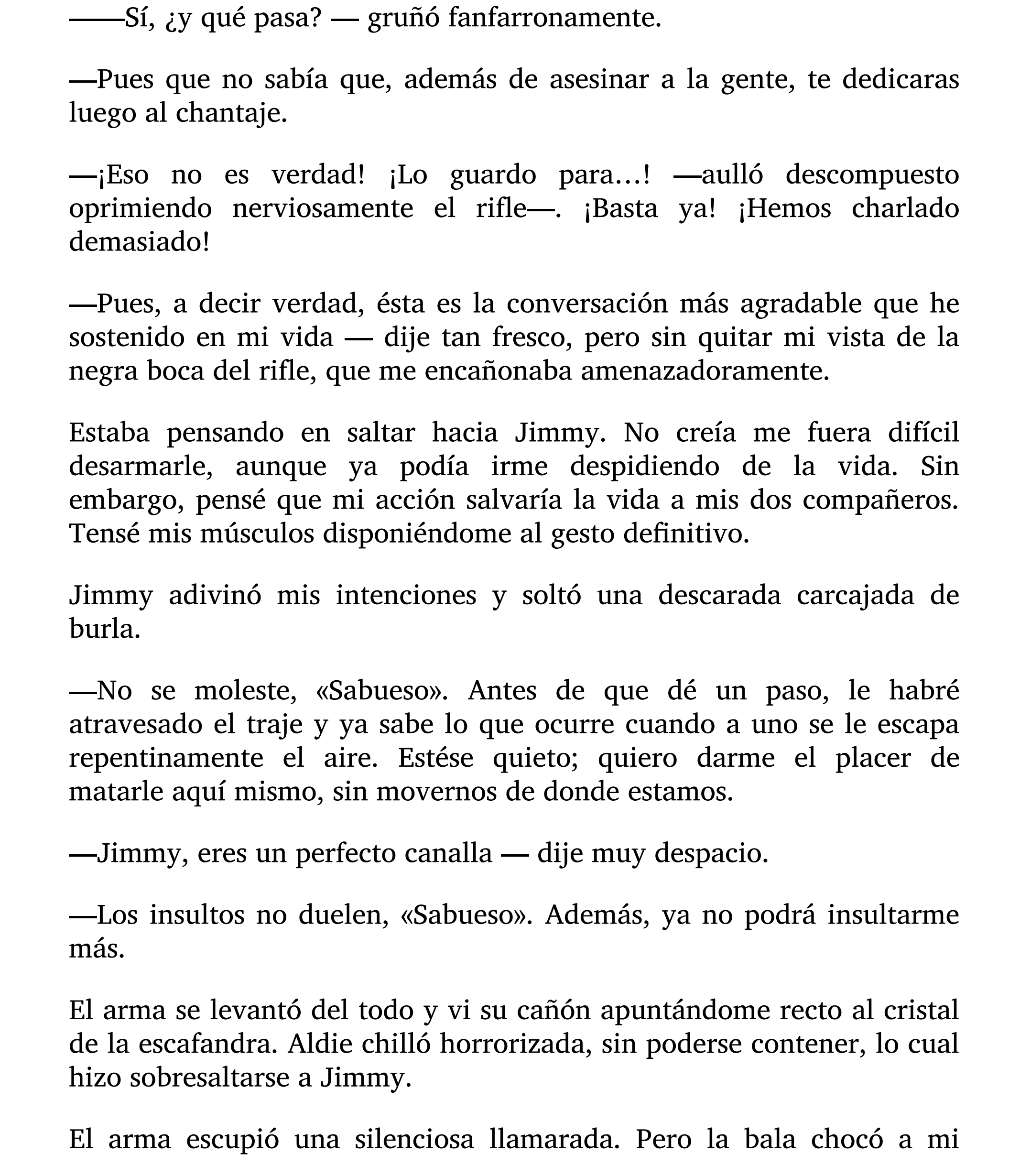
documento lo guardo yo.

—¿Ah, si? ¿Y qué piensas hacer con ello?

—Eso a usted no le importa.

Le miré desdeñoso.

——Jimmy, además de «Sabueso», me dicen el Largo, y no solamente a causa de mi estatura. Espero que lo hayas comprendido, ¿no?



——Sí, ¿y qué pasa? — gruñó fanfarronamente.

—Pues que no sabía que, además de asesinar a la gente, te dedicaras luego al chantaje.

—¡Eso no es verdad! ¡Lo guardo para…! —aulló descompuesto oprimiendo nerviosamente el rifle—. ¡Basta ya! ¡Hemos charlado demasiado!

—Pues, a decir verdad, ésta es la conversación más agradable que he sostenido en mi vida — dije tan fresco, pero sin quitar mi vista de la negra boca del rifle, que me encañonaba amenazadoramente.

Estaba pensando en saltar hacia Jimmy. No creía me fuera difícil desarmarle, aunque ya podía irme despidiendo de la vida. Sin embargo, pensé que mi acción salvaría la vida a mis dos compañeros. Tensé mis músculos disponiéndome al gesto definitivo.

Jimmy adivinó mis intenciones y soltó una descarada carcajada de burla.

—No se moleste, «Sabueso». Antes de que dé un paso, le habré atravesado el traje y ya sabe lo que ocurre cuando a uno se le escapa repentinamente el aire. Estése quieto; quiero darme el placer de matarle aquí mismo, sin movernos de donde estamos.

—Jimmy, eres un perfecto canalla — dije muy despacio.

—Los insultos no duelen, «Sabueso». Además, ya no podrá insultarme más.

El arma se levantó del todo y vi su cañón apuntándome recto al cristal de la escafandra. Aldie chilló horrorizada, sin poderse contener, lo cual hizo sobresaltarse a Jimmy.

El arma escupió una silenciosa llamarada. Pero la bala chocó a mi

espalda; en el momento en que la joven había gritado, yo me incliné y entonces ocurrió algo muy raro: en la frente de Jimmy, en la parte del casco, apareció repentinamente un feo orificio. El forajido se quedó de pie, abriendo sus manos, que soltaron el rifle, al mismo tiempo que una silueta aparecía en la escotilla.

—¡Hola, amigos! —dijo el nuevo personaje que tan oportunamente acababa de aparecer en escena —. ¿Llego a tiempo?

No pude contener una exclamación de sorpresa al reconocerle.

CAPÍTULO IX

El recién llegado no era, ni más ni menos, que el hombre gordo y apoplético del astropuerto, aquel que con tanto empeño procuraba enseñarle al barman la manera de componer un nuevo cóctel, y que luego, una vez concluida la cuarentena en Donald Duck se había esfumado tan silenciosamente como viniera. Pero no por haberse cargado a Jimmy dejé el rifle.

Se echó a reír al ver mis prevenciones.

—Ya puede dejar el arma, señor Jordán. No tenga miedo; no dispararé contra usted.

—¿De modo que también me conoce, ¿eh? — Y a continuación me lamenté —: Soy el agente secreto menos secreto que ha habido desde que tal profesión existe. ¿y usted? ¿Quién es, si puede saberse?

Antes de contestar, cogió el ya inerte cuerpo de Jimmy, que todavía continuaba en pie, y con poderoso impulso, lo apartó a un lado, arrojándolo fuera. Terminó de entrar en la cabina.

—Me permitirán que me presente. Edgar Roberts, del «*Intelligence Service*». Después de lo ocurrido y, cuando menos ante ustedes, no es necesario que oculte mi identidad.

—En la astronave viajaba usted con el nombre de Philip McDonald, astrofísico.

—Y usted como técnico electrónico, señor Jordán — rió el inglés con

buen humor —. No íbamos a poner en nuestros documentos «Agentes de la secreta» o cosa por el estilo, ¿verdad?

Roberts tenía razón, y así hube de reconocerlo.

Pero como la verdad, el traje de vacío no es precisamente cómodo, cerré la escotilla y luego establecí en el interior del disco una presión normal de aire. Cuando los indicadores lo permitieron, nos despojamos todos de las escafandras, sentándonos en los sillones del vehiculo.

Después de presentar a mis compañeros, dije:

—Bien, he aquí una original reunión de espías.

—Sin faltar una linda Mata-Hari— sonrió el inglés, mirando a Aldie, que no pudo contenerse y enrojeció.

—¿Cómo se le ocurrió dejarse caer por aquí, Roberts? — dije, ofreciendo cigarrillos.

—Por exigencias de mi profesión — contestó sin que la sonrisa desapareciera ni por un momento de su rubicunda faz —. Creo que, en mi vida, he llegado más oportunamente aun sitio como éste, ¿no?

—Todos besaremos, de ahora en adelante, Roberts, el suelo que usted pise —dije— y ahora, ¿querrá explicarnos...?

—¿No seria mejor— sugirió Batlle— que, en tanto que hablamos, reanudáramos nuestro camino? En Madrid Segundo deben de estar ya inquietos por nuestra tardanza.

—Buena idea, Dan —repuse, y el español tomó los mandos de la navecilla, que, acto seguido, remontó el vuelo.

Pregunté con la mirada al inglés.

—Nosotros — dijo expeliendo el humo de su pitillo por boca y narices —, también, como es lógico, estábamos interesados por el asunto este de la enfermedad de plata. También tuvimos unos cuantos atacados, los cuales, desgraciadamente, han fallecido sin poder hacer nada por ellos. En tanto que nuestros científicos investigaban, el Gobierno de Su Majestad pensó que otra clase de investigación no estaría mal y por ello acordaron enviarme a mí.

—Habrá visto — murmuré —, que el asunto es más serio de lo que parece.

—Así es, Jordán. El viajecito fue de órdago.

—Lo que yo no acabo de comprender es qué interés pueden tener en ir eliminando a todos cuantos habitan hoy día en el satélite ¿Quieren volver a dejarlo tan muerto como estaba antes de que los viajes espaciales se hicieran una realidad?

Roberts se encogió de hombros.

—En el primer momento se pensó si todo esto no sería obra de algún fanático, o fanáticos, pertenecientes a alguna de las sectas religiosas que sostienen que el hombre ha nacido en la Tierra y en la Tierra debe morir.

—La Biblia no dice nada en contra de los viajes interplanetarios. Ni tampoco la Iglesia Católica excluye el que hayan otros mundos habitados, bien que no sean por seres con figura e inteligencia similares a la nuestra.

—Sí — repuso Roberts —; pero no es este ahora el tema de discusión. Los mundos habitados, y que por ahora están, si existen, fuera de nuestro sistema solar, no nos conciernen. La Luna y sus dos o tres millares de habitantes son los que deben preocuparnos

—Es cierto. Solamente al hecho de que las bases estén aisladas unas de otras por el vacío sideral se debe el que la epidemia no se haya propagado fulminantemente, eliminándonos a todos en absoluto.

—Y entonces, ¿quién se habría aprovechado de tal estado de cosas? — dijo Roberts

Me encogí de hombros.

—Ese es nuestro caballo de batalla, Roberts. Cuando sepamos el motivo, tendremos al criminal, o mejor dicho, a los criminales, puesto que forman una banda muy bien organizada a lo que hemos podido ver.

—Pero con sus fallos, claro está.

— ¿Por ejemplo? — inquirí, arqueando una ceja.

—Johann Rinner — me contestó el inglés simplemente.

—¿Johann Rinner? — repetí, asombrado —. No entiendo...

—Ese fue su primer fallo, Jordán. Murió con sus propias armas.

Me impacienté.

— Si no se explica mejor…

— Johann Rinner era portador de un tubito de cultivos, pero no uso de las debidas precauciones y en la aceleración de la salida se le rompió. El fin que tuvo ya lo vio usted, Jordán.

— ¡Diablos! Muy bien pudiera ser como usted dice. Sin embargo me gustaría saber como lo averiguó.

—Vi minúsculos fragmentos de cristal por los alrededores de su litera. Pensé… y deduje.

—Lo cual quiere decir que el *Bacillus Lunaris* tiene muy mal aplicado el nombre, ¿no?, puesto que procede de la Tierra.

El inglés se encogió de hombros.

—O quizás se lo llevaron desde aquí para provocar la epidemia a bordo del «Bonita Lola»

—También pudiera ser. Desde luego provocar una epidemia en la Tierra con ese bichito no es nada fácil con los modernos métodos que posee la medicina para pasar al contraataque. Apenas descubiertos los primeros casos hubieran sido aislados fácilmente, impidiéndose de esta forma la propagación. Y no es nada fácil enviar media docena de agentes diseminados por el planeta; la peste de plata, si es rápida en sus efectos, no parece serlo igualmente en su contagio, aunque desde luego éste, hasta ahora, es mortal de necesidad.

—Sensatas palabras, Jordán — dijo Roberts—. Desde luego hay una cosa cierta, y es que a alguien le interesa extirpar todo género de vida en el satélite. ¿Por qué? ¿Para quedarse solos? No podemos acusar a los rusos totalmente, porque su base no haya sido contaminada, puesto que algunas, como la griega, la francesa o la italiana, no han sufrido hasta ahora los temibles y devastadores efectos de este misterioso bichito.

—Quizá lo hagan para despistar — exclamó Dan por encima del hombro —. ¿Por qué no? cuando hayan eliminado unas cuantas bases, los supervivientes de las otras se mirarán con desconfianza unos a otros y, ¿quién sabe si no acabarían liándose a tiros?

Golpeé la palma de mi mano con el otro puño cerrado.

—¡Lo mismo da! — exclamé furioso —. El fin no puede ser más que uno y si no nos damos prisa ese «gang» terminará con todos nosotros.

Él inglés bostezó descaradamente.

—En vano damos vueltas y más vueltas al mismo objeto. Parecemos, ustedes dispensen por el símil, burros dándole vueltas sin cesar a la noria.

—Cuando menos los burros sacan agua, lo cual no deja de constituir un objetivo apreciable. Nosotros, ni eso siquiera — refunfuñé molesto; no por la comparación, sino por el fondo de verdad que había en las palabras del agente del «Intelegence Service».

—No olvide — observó éste con bastante sensatez—, que hemos, aunque yo haya tomado muy poca parte en ellos, conseguido ciertos resultados nada desdeñables. Cuando menos, sus fuerzas, gracias principalmente a usted, Jordán, han sufrido una notoria merma de efectivos. Y no creo que anden muy sobrados de partidarios, dicha sea la verdad.

El disco perdió altura, hundiéndose en el centro de aquel archipiélago de picos que surgían de la polvorienta llanura del Mar de las Lluvias y al que, quizá por su remoto parecido con las islas Canarias, los jesuitas italianos Riccioli y Grimaldi habían puesto el nombre de Montañas de Tenerife.

Tomamos tierra a la sombra del más alto de ellos, muy cerca del grupo de transparentes cúpulas que constituyen Madrid Segundo. En el centro de la mayor de ellas, sobresalía un altísimo mástil con la bandera española en su extremo. Naturalmente, aquella bandera era un rectángulo metálico en el cual se habían pintado las dos franjas rojas y la central amarilla; pero a decir verdad, estaba pidiendo una fresca brisa que allí no tendría nunca. Sin embargo, resultaba agradable contemplarla, herida brillantemente por los rayos del sol poniente que se hallaba en aquellos momentos sobre el agudo picacho de Cabo Laplace, que avanzaba resuelto en el Golfo de los Iris. El árido paisaje adquiría un majestuoso aspecto.

Aún estaba bastante alto sobre el horizonte nuestro astro rey; quedaban casi cuatro días terrestres antes de que comenzara la larga noche lunar, equivalente al tiempo de catorce días de los del planeta. El afilado extremo del Montblanch, surgiendo de la curvada planicie hacia el Oeste, parecía un colosal diamante, destellando vivísimamente sobre el general tono grisáceo y marrón de la superficie del satélite

Descendimos los cuatro de nuestro vehículo, encaminándonos directamente a la compuerta de acceso, en donde un oficial, tras darnos la bienvenida y procurando disimular el asombro que le producía la llegada de cuatro personas en lugar de las dos que habían salido, nos condujo a la presencia del general Álvarez, jefe de la base.

El general Álvarez resultó ser una excelente persona y su jerez mucho más agradable al paladar que el fementido vodka ruso. Nos dijo que estaba muy preocupado por los dos casos de peste de plata que se le habían presentado tan inopinadamente y que no estaba seguro de que el número de enfermos no aumentara, dado que los atacados por el terrible mal habían estado en contacto con sus compañeros. No obstante las inmediatas y más elementales medidas profilácticas tomadas, no podía predecir que el virulento ataque de la epidemia se detuviera allí.

—¿Hacía mucho que esos dos hombres estaban en el satélite, general? — pregunté. —¡No! Acaban de llegar—repuso.

—¿Que acaban de llegar? — repetí estupefacto.

—Así es, señor Jordán.

—Pero no ha habido otra astronave que el «Bonita Lola», señor—le dije.

—En ella vinieron — sonrió un tanto confuso—. Me olvidé decirle que pasaron la cuarentena en Donald Duck; por eso dije que acababan de llegar. En cierto modo, la frase es exacta; cuando menos refiriéndonos a Madrid Segundo.

Miré consternado a Aldie.

—Eso quiere decir — murmuré —, que los cuarenta días que nos tuvieron encerrados allí no han servido para nada, si no ha sido para hacemos perder el tiempo miserablemente.

—También quiere decir que usted, señor Jordán, o la señorita Chávez, pueden llevar encima el virus de la peste — afirmó el general muy serio, y como decía la verdad, no pude por menos que estremecerme.

De pronto se me ocurrió una idea. Se la comuniqué a Álvarez, al cual le pareció de perlas. Se inclinó sobre el intercomunicador y dio una serie de órdenes, que tuvieron por resultado el que, media hora más tarde supiéramos que las bases italiana, inglesa y griega tenían cada una enfermos de la maldita epidemia: ¡los que habían hecho la cuarentena

precisamente!

Francamente, me sentí malo. Sudores de muerte comenzaron a correrme a todo lo largo del cuerpo. Todos cuantos estaban frente a mi comenzaron a mirarme aprensivamente y, para disimular mi pánico, porque lo sentía, y de los gordos, me aticé un par de soberbios tragos de jerez, que me reanimaron considerablemente.

—Entonces — dije —, no tengo aquí nada que hacer, general. En cuanto me haya ido, pueden fumigar cuanto haya tocado. No sé si me dará tiempo siquiera a llegar a Donald Duck.

Aldie se me acercó, poniéndome una mano sobre el hombro:

—¿Quién sabe, Rick? —me dijo—. A lo que parece, todos esos atacados han llevado, desde que llegaron, una vida opuesta a la nuestra. No han salido de sus cúpulas. Nosotros no hemos permanecido en ellas sino contados momentos y, según hemos podido ver, el bacilo se desarrolla principalmente en los espacios cerrados.

—¿QUé más espacio cerrado que un viaje de vacío? — exclamé amargamente —. Y aunque fuera eso verdad, no voy a estar viviendo eternamente ahí afuera.

Miré melancólicamente por encima del transparente vidrio de la cúpula, la casi total redondez de nuestro planeta; ahora estaba en cuarto creciente, y me pareció más azul y más bello que nunca. Prácticamente, estaba despidiéndome del mundo que me vio nacer; ya no volvería a él si no era metido en un tubo de plomo soldado, para que me enterraran bajo las verdes colinas de Kansas.

En aquel momento sonó el zumbador del intercomunicador. Álvarez, dando el contacto, se inclinó hacia el aparato.

— ¿Qué hay, López?

—Mi general— respondió la metálica voz del artefacto —: se acaba de recibir un mensaje destinado al señor Frederick Jordán.

—Páselo a mi despacho, por favor.

Un minuto más tarde un ordenanza penetraba con un papel amarillo, que me entregaba a una indicación del jefe de Madrid Segundo. Lo desdoblé.

Y apenas lo había leído, di un enorme bote de alegría. Lancé un sonoro

aullido que habría hecho palidecer a Sitting Bull, y perdiendo los estribos, me abracé a Aldie, comenzando a bailar con ella una frenética danza, contemplado con estupor por cuantos allí se encontraban, que ponían cara de hallarse ante un caso patente de locura repentina.

— ¡No estoy contagiado, no estoy contagiado! — exclamé, y Roberts se tiro sobre el papel que revoloteaba todavía sin caer al suelo. Cuando lo leyó, sus sospechas de que había perdido la razón, se confirmaron plenamente.

—Aquí no dice eso, Jordán — me dijo en tono reprensivo.

—Ya lo sé —contesté soltando a Aldie a medias—. Pero, ¿cree que si ellos me hubieran inoculado la enfermedad me llamarían?

Roberts se rascó la cabeza.

—¡Por Júpiter! Sus palabras tienen una lógica aplastante, Jordán.

—¿Se puede saber de una vez lo que dice ese condenado mensaje? Mascullo Álvarez, bastante molesto, y el inglés se lo pasó.

Cuando lo hubo leído, el español me miró de una manera muy extraña.

—¿Piensa usted ir, señor Jordán?

—Ahora mismo, general; no puedo perder un segundo.

—Esos bichos son de cuidado; téngalo muy presente, Jordán — observó pensativamente Álvarez.

Me eché a reír:

—Más lo soy yo. Y todavía no me conocen bien.

CAPÍTULO X

El mensaje recibido decía así:

«Estimado «Sabueso»: Tenemos en nuestro poder a la doctora Caughlin. Conociendo la antigua amistad que los une, no dudamos acudirá a entregarse, permitiéndonos así soltarla sin el más leve detrimento para su bello físico. Obvio es decirle que toda tentativa de venir acompañado o armado a la parte Norte de los Montes Leibnitz, en donde nos hallamos, será la causa inmediata de la muerte de la hermosa doctora. No se preocupe por localizarnos, nosotros lo haremos por usted».

La nota, como es lógico, no tenia firma alguna, pero ofrecía las suficientes garantías de que cuanto decía era cierto. Aquellos tipos habían secuestrado a Liza y la tenían allí, lo cual no podía significar más que una cosa: mi hermosa amiga había logrado, por fin, descubrir el virus anticuerpo capaz de combatir con éxito la temible enfermedad, y como es lógico suponer, no les convenía fuera utilizado tal descubrimiento. Sencillamente, habían hecho lo que hubiera hecho cualquiera en su lugar: raptarla y luego utilizarla como cebo, seguros de que yo acudiría. Que luego la soltasen, era ya harina de otro costal; francamente, no lo creía; no iban a ser tan tontos como para ello y así matarían dos pájaros de un tiro.

Me pasé la mano por los labios; todavía tenía en ellos el sabor de los frescos y dulces de Aldie. Ella no había tenido miedo al contagio; solamente temía que me quedara allí para siempre. De buena gana me habría acompañado, pero no se atrevió; las instrucciones que daba la nota eran harto claras y terminantes.

Conectando el piloto automático, una vez establecido el rumbo, me recliné sobre el asiento con las manos en la nuca. Navegando a unos tres mil kilómetros a la hora, en menos de dos llegaría a los Montes Leibnitz que estaban situados nada menos que en el Polo Sur, a unos cinco mil kilómetros, en cifras redondas, de las Montañas Tenerife. Mientras tanto mí vista vagaba por el panorama que sucesivamente se iba deslizando en la pantalla del visor, al mismo tiempo que mi cerebro funcionaba activamente, recordando hechos y encadenándolos de una manera lógica y ordenada. Aquellos que, aparentemente no tenían relación los unos con los otros, me serían revelados una vez estuviese en presencia de los raptores de Liza.

Dejando a mi derecha el Mar de las Nubes, me metí en la atormentada región meridional del satélite, en la cual apenas se ve un trozo de llano; toda ella está sembrada de innumerables circos, algunos, muchos

de los cuales, montan unos sobre otros, constituyendo un espectáculo dantesco, de imposible descripción; hay que estar allí para apreciar en todo su valor la belleza de tan salvaje panorama.

Al fin, iluminados por los rayos del sol poniente, divisé el colosal amontonamiento de rocas que son los Montes Leibnitz, elevándose a más de ocho mil metros de altura sobre el nivel del terreno circundante, cual un Himalaya extraterrestre, aunque sin las características capas de nieves eternas del nuestro. Los Montes Leibnitz se mostraban a mi vista con toda su descarnada hermosura, brillando con ocres reflejos a la luz del sol que los hería desde el Este.

Desconecté el piloto automático, y así los mandos. En aquel momento el zumbador de la radio comenzó a resonar. Lo puse en funcionamiento.

—También el televisor, «Sabueso»; queremos verle la cara — dijo el megáfono.

Lo conecté y, a los pocos momentos, me comunicaron, satisfechos:

—Perfectamente, «Sabueso». Ya sabrá usted que ha de venir solo y desarmado; de lo contrario, la doctora Caughlin morirá al instante, antes de que puedan hacer nada por ella.

—He seguido al pie de la letra sus instrucciones, cosa que podrán comprobar ustedes mismos apenas detenga el aparato.

—No — me dijeron —; lo detendremos nosotros.

Sírvase conectar el mando de control remoto.

Así lo hice y el disco se metió entonces, a velocidad reducida, por un colosal precipicio que había casi en el centro de la gigantesca cadena de montañas, precipicio cuyas casi verticales paredes, sí estaban separadas entre sí por una distancia de pocos cientos de metros, se elevaban a alturas que llegaban muy bien a los tres y cuatro mil metros, sin apenas soluciones de continuidad en sus escarpados farallones.

De pronto, el aparato viró hacia la izquierda, metiéndose en una enorme grieta de muy poca anchura, la cual, literalmente, era un callejón sin salida. Dada la orientación del abismo, allí no penetraba jamás el sol, y, por lo tanto, de no haber sobrevolado directamente aquel lugar, jamás habría descubierto la cúpula transparente en la cual estaban sin duda los forajidos.

El platillo se detuvo a los pocos momentos, a una docena de metros de la cúpula. Me coloqué rápidamente la escafandra y salté al exterior, alzando bien las manos para que vieran mis gestos pacíficos.

—Muy bien—me dijeron a través de la radio—; hasta ahora su comportamiento no puede ser más correcto, «Sabueso».

—Me gusta ser fiel a mis tratos — dije, continuando mi camino hasta la esclusa que se abrió desde dentro. Una vez se hubo restablecido en su interior la presión normal de aire, me despojé de la escafandra, y pasé al interior de la cúpula, donde dos tipos me cogieron en medio de ellos, no sin antes pasearme un detector por todo el cuerpo.

Parpadeé asombrado cuando, en la habitación adonde me condujeron, vi a tres personas. Una de ellas, naturalmente, era Liza, y estaba sentada sin perder su presencia de ánimo en un rincón. Agitó una mano amistosamente.

— ¡Hola, «Largo»!

—¡Hola, guapa! — dije, y luego me encaré con Caleb McCraig y Egleas Nicosiades.

—Ya me tienen ustedes aquí — exclamé —; creo que pueden soltar ya a la doctora. ¿O se van a volver atrás de su trato?

McCraig me ofreció un cigarrillo, que acepté, y una copa de licor, que rechacé. Me senté, fingiendo indiferencia.

Cuando hube encendido el pitillo con el fósforo que, obsequiosamente, me acercó el griego, volví a hablar de nuevo

—¿Y bien? Ya se ha acabado todo; estoy por completo a su disposición.

—¿No quiere antes saber los detalles de... ? — preguntó irónico McCraig.

Me eché hacia atrás en el asiento, cruzando una pierna sobre la otra.

—¿Para qué? ¿Qué interés puedo tener en saber algo que luego no me va a servir de nada?

McCraig me miró no sin cierta admiración. —Es usted —dijo lentamente—, de la talla de hombres que me gustaría tener a mi lado.

—Y usted de la clase de víboras que aplastaría de muy buena gana — contesté, deliberadamente ofensivo.

Pero el otro se echó a reír:

—Piel de elefante, amigo, piel de elefante; es lo mejor para los insultos. No se crea que porque me diga más o menos palabrotas me voy a echar a llorar.

—No tiene usted el aspecto de una plañidera profesional, McCraig. Pero basta ya de charla. Yo he cumplido con mi parte de la representación; hagan ustedes lo mismo y suelten a Liza.

—No será sin antes haberle explicado en qué consiste la fiebre esa de plata. ¿O es que carece usted del vicio de la curiosidad?

Me encogí de hombros:

—Bueno; este es un tormento con el que no había contado. Ande, pajarraco, desahogue su soberbia.

McCraig frunció el ceño, pero acabó apoyando sus codos sobre la mesa, en tanto que yo me dedicaba a la contemplación del humo del cigarrillo.

—La peste de plata, amigo Jordán, no puede darse en la Tierra.

—¡Hum...! Muy interesante—dije, sin gran convencimiento, pero el asesino continuó:

—No puede darse, por la razón de que el *Bacillus Lunaris* es un bichito muy débil y sus congéneres terrestres lo devoran con facilidad, cosa que no ocurre aquí, debido a la extremada limpieza del aire que se respira en las cúpulas y que constantemente es purificado. Aquí está como quiere, y por eso sus ataques son tan mortíferos. El aire de la Tierra, así como su superficie, están cargados de gérmenes que le son nocivos, los cuales, por sí mismos, son los que lo eliminan rápidamente. Pero aquí no ocurre tal cosa, por lo que ya le he dicho...

—Luego, ustedes, ¿piensan dejar vacía la Luna, no? — interrumpí.

—Exacto — me contestó fríamente aquel superasesino, como si no le importase la muerte de dos o tres millares de hombres —. Queremos la Luna sólo para nosotros.

—Un sentimiento que le honra mucho, Mac. ¿Y puede saberse con qué objeto?

McCraig apretó nerviosamente los puños antes de contestar.

—Se lo diré, «Sabueso». Cuando todos hayan muerto, o aunque dejemos alguno vivo para muestra, nadie querrá venir aquí a vivir, como puede suponerse, ya que nadie se molesta en ir a un lugar donde la muerte es segura. Entonces, nosotros pondremos nuestro plan en marcha.

—¿Y ese plan es? — pregunté con tolerante acento.

Tenía un contador Geiger sobre la mesa. Dio media vuelta al interruptor y el aparato comenzó a emitir sus característicos «pip-pip» con tal rapidez, que casi llegó a marearme. Lo miré, firmemente asombrado.

—No — rió satisfecho —; no hay cerca ningún motor nuclear; solamente el suelo en que vivimos. Esta zona de los Montes Leibnitz, en un área de unos diez mil kilómetros cuadrados, es prácticamente de uranio puro. Hay aquí inagotables reservas, en tanto que las de la Tierra van disminuyendo rápidamente, a medida que el uso de la energía nuclear se va extendiendo cada día más y más —volvió a reír —. ¡Pero si pronto habrá mecheros movidos por la energía atómica!

—Lo cual quiere decir que estamos sobre una fuente de riquezas que no se puede agotar; que ustedes se harán más tarde los héroes, y que todo el rico botín será para ustedes, ¿no?

—Cierto, «Sabueso».

—Si nadie se atreve a venir aquí, seguro de que va a morir, sus ganancias serán fabulosas, Mac.

—Usted lo ha dicho; venderemos el uranio al precio que nos dé la gana. Durante unos años, nos sacrificaremos en la extracción, hasta que tengamos un «stock» más que suficiente. Entonces impondremos nuestra ley y lo venderemos al precio que se nos antoje.

—¡Bonita idea! Lástima que Rinner les chafara la papeleta, muriendo a bordo del «Bonita Lola». Supongo que regresaría del planeta, después de comprobar que el *Bacillus Lunaris* era totalmente ineficaz allí, ¿no?

—Así es; pero si fue tonto o poco precavido, en el pecado tuvo la penitencia merecida, «Sabueso»,

—Eso me importa un pepino, Lo que me importa son las muertes de los inocentes, tal como la del doctor von Diebig, que venía a colaborar con la doctora Caughlin, y las de los desgraciados asesinados en el «Bonita Lola», y la del sargento Bates…

—¡Eso ya no le interesa nada, «Sabueso», porque va a morir!

Me puse en pie.

—¡Alto ahí! Suelten primero a Liza; un trato es un trato.

McCraig me miró malignamente por encima del cañón de una pistola.

—¡Idiota! —exclamó— ¿Cree que…?

En aquel momento, con un gesto imposible de seguir con la vista, cogí el asa del maletín del Geiger. Se lo estampé en la cara, derribándolo hacia atrás, en medio de un sonido de vidrios rotos. Liza se puso en pie, chillando asustada. La pistola de McCraig se disparó inofensivamente, hundiéndose la bala en el techo transparente.

Todavía estaba cayendo hacia atrás, cuando giré rapidísimamente sobre mis talones. El contador salió disparado con terrorífica violencia, alcanzando a Nicosiades justamente en el mentón. Lo derribé como un saco.

Pero McCraíg no había perdido el tiempo. Aunque la pistola se le había escapado de las manos al recibir el fenomenal golpazo con que le obsequié, conservaba intacto todo su odio y su conocimiento. Se arrojó sobre la pistola. Deliberadamente le dejé tomarla.

Los tipos que me habían recibido a la puerta me habían paseado por todo el cuerpo un detector de metales, sin hallarme ninguno que no tuviera su justificación. Pero mis «amigos» desconocían los trucos que yo suelo usar de vez en cuando, sí la ocasión vale la pena. Y aquélla lo valía, ya lo creo.

En el Servicio de Seguridad, usamos, para casos como éste, unas pistolas de plástico durísimo; tan duro que incluso sus proyectiles son del mismo material y causan los mismos efectos que las corrientes. Naturalmente, al ser el arma de plástico, así como los cartuchos y las balas, el detector no funciona. Yo temí que me cachearan, pero, afortunadamente, se contentaron con usar el detector. Y es que, ante un sujeto como yo, no puede descuidarse ninguna precaución, por mínima que sea.

Dejé que McCraig tomara la pistola. Cuando se incorporó hacia mí, con el rostro deformado por la rabia, le metí un tiro entre ceja y ceja. Los asesinos de aquel calibre no merecen consideración alguna.

Rugiendo como una fiera, el griego se levanto, solamente para doblarse

sobre si mismo, cuando un proyectil disparado por mi pistola le atravesó el vientre. Dejó de preocuparme para siempre.

Entonces fue cuando me enfrenté con Liza. La pistola que McCraig no había podido coger estaba a sus pies, pero ella no se había movido, y me miraba fijamente con las manos sobre las rodillas, muy juntas.

—Has terminado ya, Rick. Siempre dije que eras un hombre de suerte.

—Gracias, Liza. Pero estás equivocada si crees que he terminado. Todavía me queda algo que hacer.

—¿Y es?

—Buscar al jefe de la más criminal conspiración que he conocido en todos los días de mi vida.

—Creí que sería McCraig.

—Era solamente el segundo de a bordo.

—Entonces, ¿quién es el patrón, Rick?

—Sería muy conveniente que te mirases al espejo, Liza; lo verías al instante.

Se echó a reír desdeñosamente.

—No sabía que te gustase el melodrama, Rick.

—Tampoco yo sabía que anduvieras en tan buenas relaciones con los rusos, Liza. Naturalmente, no podremos acusarles oficialmente, porque, cuando se enteren de que todo se ha acabado, ya se cuidarán muy mucho de destruir todas las pruebas que allí existen y que tanto te comprometen.

—Rick, si no fuéramos amigos desde hace tanto tiempo...

—¡Deja la amistad a un lado! No invoques ese sentimiento, cuando tú has intentado matarme media docena de veces al menos.

—Rick, no fui yo, sino McCraig... Yo solamente te tuve en cuarentena para impedir que hicieses nada.

—Ya lo sé; ¿te crees que soy tonto? Cuando he visto que los demás caían atacados, aun habiendo pasado su periodo de aislamiento, y yo resultaba inmune, comprendí que solamente tú podías ser el criminal

que...

—¿Qué piensas hacer conmigo? — me preguntó serenamente.

—¿No te lo supones? — repliqué de mala gana.

—Y luego te casarás con esa tonta, ¿verdad?

—Es lo más probable, Liza.

Mi criminal amiga soltó una carcajada.

—¡Pobre iluso! Está sentenciada a morir; como los demás, tiene ya la infección encima y no podrá…

Ahora el que rió, y bien a gusto, fui yo.

— ¡Estúpida! — la dije —. ¿Por qué te crees que estoy en Seguridad? ¿Por tonto o por listo? Tu famoso bacilo solamente puede vivir en la Luna, no en la Tierra, o en condiciones similares a las que existen en nuestro planeta. ¿Dónde te crees que está ahora Aldie? Naturalmente, en los jardines hidropónicos de Madrid Segundo, sin hacer otra cosa que pasearse al sol y aspirar el perfume de las flores. Allí la atmósfera no es tan aséptica como en las demás cúpulas; es la misma que hay en cualquier jardín terrícola, y, naturalmente, con sus bacterias y microbios corrientes y vulgares, a los cuales el cuerpo humano está acostumbrado e inmune desde el nacimiento. Pero no ocurre así con tu bichito; es muy debilucho y...

El hermoso rostro de Liza se convulsionó repentinamente, adquiriendo una expresión demoníaca al comprender la veracidad de mis palabras. No hay, no puede haber mejor antídoto para la peste de plata que la sumersión en una atmósfera de características por completo terrestres; el *Bacillus Lunaris* es eliminado así indefectiblemente, sin ni siquiera medicación. Y comprendiendo que Aldie estaba salvada, comprendiendo que toda su obra se había ido abajo en unos segundos, se abalanzó sobre Ia pistola que tenía a sus pies.

Sus ojos arrojaron llamas, pero sólo teóricamente. En cambio, las que brotaron del cañón de mi pistola de «duryplex » eran legítimas y parecían hundirse en su cuerpo. Liza se estremeció horriblemente a medida que los proyectiles la penetraban, sin que mi mano temblase un segundo. Me dalía el hacerlo, pero el recordar nada más que a Vincent y a O'Donaugh me hizo obrar de aquella manera.

Quedó sentada junto al sillón, en tanto que la sangre manaba por sus

numerosas heridas. Tenía una mano en el pecho enrojecido.

Sus ojos me miraron, ya apagándose la luz en ellos.

—Continúas... siendo un... un hombre de... de suer... — y calló repentinamente, porque se deslizó un lado muerta ya.

Quedaban los otros habitantes de la cúpula, pero al verse sin sus jefes y con el fin de aminorar sus penas, se entregaron inmediatamente. Poca saliva tuve que gastar con ellos; la cosa resultó mucho más fácil de lo que había pensado.

* * *

—Me gusta que te quedes en la Tierra, Rick — me dijo hace pocas noches Aldie.

Estábamos en una fresca pradera, recostados contra el grueso tronco de un árbol. Un poco más allá se escuchaba el suave rumor de la corriente de un arroyuelo, y en el cielo brillaba esplendoroso nuestro satélite, en su espléndido cuarto creciente.

—No hay plantas, no hay árboles, no se respiran perfumes naturales —refunfuñe—, ¿cómo puedes imaginar que me guste aquello? Parece que uno esté viviendo siempre dentro de una lata de conservas con ventanas al mar de las lluvias. A mi que me den el contemplar los guiños de las estrellas; me resultan mucho más simpáticas y agradables que verlas siempre quietas, siempre frías, como ojos de inexpresivas peponas.

Aldie suspiró:

—Tienes mucha razón, Rick. Creo que, con este viaje a la Luna he quedado curada de mi escasa afición a la Astronáutica. ¿Y tú?

—Yo no tengo más que una afición, y tú lo sabes bien cuál es, Aldie — y le rodeé el talle sin que ella protestara lo más mínimo. Al fin y al cabo, ¿no es agradable para una mujer el sentirse en los protectores brazos de su marido?

FIN

[1] Pato Donald.